

INDICE

I. EL HOMBRE A LA BUSQUEDA DE SU YO

1. Inseguridad e imagen negativa de sí mismo.
 - a) Inseguridad negada: los fanfarrones
 - b) Inseguridad padecida: los tímidos
 - c) Crisis de identidad e identidad de la crisis

2. Los niveles de identidad.
 - a) Nivel corporal
 - b) Nivel psíquico
 - c) Nivel ontológico
 - d) Nivel metapsíquica
 - e) Nivel metacorporal

3. Autoidentidad y autorrealización: papel del carisma.

4. Carisma e Institución
 - a) El carisma y su historia
 - b) La institución y sus crisis
 - c) Disponibilidad para morir

II. EL HOMBRE A LA BUSQUEDA DE SU DIOS

1. Fase desestructurante: muerte del hombre viejo
 - a) Las ilusiones en la vida espiritual
 - b) La decisión de convertirse

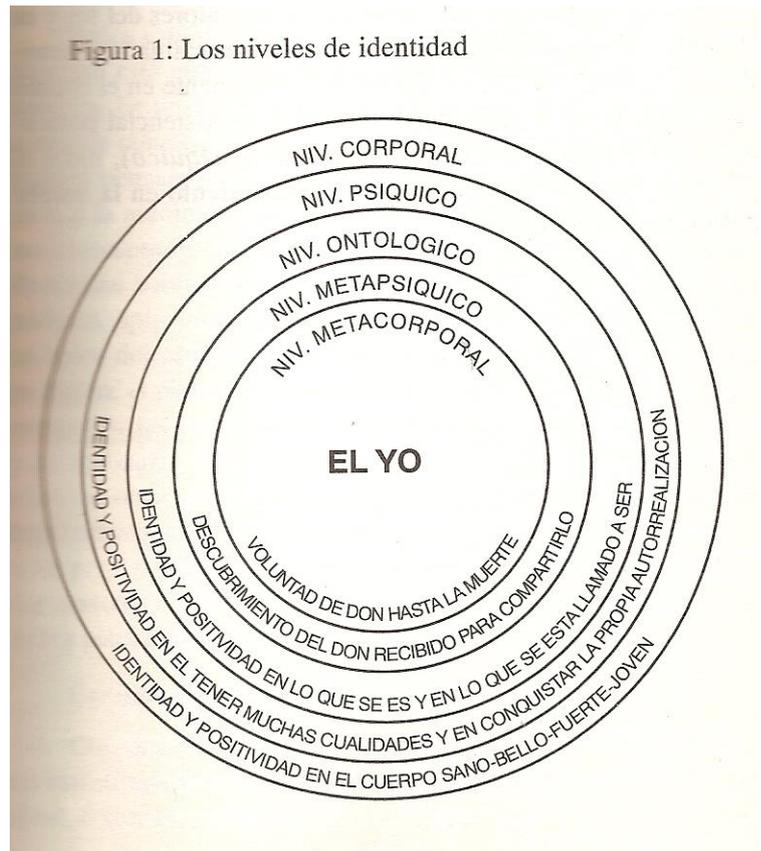
2. Fase sub-liminal: a través del desierto

3. Fase reestructurante: Nacimiento del hombre nuevo.
 - a) Conversión moral: hijos del Padre
 - b) Conversión intelectual: siervos del Señor
 - c) Conversión afectiva: amigos de Dios.
 - 3.1.- Amarás al señor tu Dios
 - 3.2.- El segundo mandamiento es semejante al primero
 - 3.3.- Amarás al prójimo como a ti mismo

4. La Palabra de cada día: experiencia cotidiana de Dios

CONCLUSIÓN

Reflexión necesaria para toda persona creyente comprometida en un camino de crecimiento humano y espiritual, y para toda persona interesada en su desarrollo integral y en el de la sociedad en



que vive. Para este crecimiento se propone un itinerario con dos movimientos: el hombre a la búsqueda de su yo y el hombre a la búsqueda de su Dios. Son dos procesos ligados ya que la forma de vivir uno facilita o dificulta el camino del otro.

En el primer itinerario se nos ayuda a desarrollar el proceso de autoidentificación, y en el segundo, el central, se describe el proceso psicológico que sirve de apoyo al camino de fe, que supone vivir una fase de desestructuración del hombre viejo, una fase subliminal de aceptación en la propia vida del misterio de Dios y del hombre, y una fase reestructurante en la que nace y se hace adulto el hombre nuevo.

I.- EL HOMBRE A LA BUSQUEDA DE SU YO

Conocerse a sí mismo es una necesidad y un deber. El hombre tiene necesidad de saber quién es, qué sentido tiene su vida, cual es su dignidad. Por ello podemos decir estamos en búsqueda de nuestro yo, una búsqueda continua, aunque, a veces, inconsciente. La identidad no es un dato biológico, ni una verdad a contemplar pasivamente. Es un punto de llegada, una vocación personal que hay que realizar. Solo cuando lo vivamos descubriremos nuestro yo. Y aunque en el camino en busca de nuestro yo haya dudas, crisis..., hemos de esperar que nuestra búsqueda, si es verdadera, sea recompensada.

1) Inseguridad e imagen negativa de sí mismo

La falta de confianza en sí mismo, el miedo, la inseguridad son actitudes frecuentes entre las personas, y también entre los creyentes. Es un problema vivir y sentirse inadaptado para ello. Hay dos maneras opuestas de vivir este problema; la de negarla o padecerla

a) Inseguridad negada: los fanfarrones.- Una forma de ‘resolver’ el problema de la inseguridad es negarla. *Respecto a sí mismo*, el fanfarrón no acepta su propia limitación (insuprimible por la condición humana). Tiene miedo de su zona negativa y decide que no existe. Esta tentativa produce una personalidad insegura. Se teme más lo que no se conoce, a más temor más inseguridad. Personas internamente débiles y miedosas que hacia fuera representan lo contrario. Son las que ‘no se equivocan nunca’, y siempre atribuyen culpas a los demás. No son capaces de un análisis crítico de sí mismos. Falta el valor de aceptar serenamente su propia limitación. Se perciben a sí mismos de forma optimista y positiva, pero están insatisfechos y tristes.

Respecto a los demás se rige por el principio ‘más domino, más soy alguien’, necesidad de estar por encima de los otros. Percibe las diferencias como atentados y arremete contra quien le recuerda sus propios límites, o bien se hace una camarillo de fieles. En el apostolado busca el aplauso, el éxito, lo vive en función del propio yo. No puede perderse por el Reino.

b) Inseguridad padecida: los tímidos.- La otra forma de vivir la inseguridad es no hacer nada por reaccionar contra ella, solo se padece y lamenta. No se sabe percibir suficientemente los aspectos positivos de la propia personalidad, valorando más los negativos. Este sentimiento de inseguridad e incapacidad se extiende a todas las facetas de la vida, y a veces se confunde con la humildad. Oprimido por la culpa o inferioridad se calla y aguanta, aunque a veces pueda tener estallidos ocasionales. La tendencia a aislarse le permite vivir de una manera descomprometida, cómoda, haciéndose la víctima. Su apostolado es a la defensiva, no arriesga por miedo al fracaso

Nadie somos totalmente uno u otro, nos movemos entre las dos actitudes: con ciertas personas y ambientes negamos nuestra inseguridad, y con otros la padecemos.

¿Cómo resolver el problema de base, es decir, de la autopercepción negativa?

c) Crisis de identidad e identidad de la crisis.- Es difícil vivir con una sensación de incapacidad. El inseguro debe ser sincero, comprender que muchas veces actúa, esconde su realidad profunda, debe descubrir el estímulo real que motiva su actuación. Por ej el tímido discreto no es necesariamente humilde, puede no actuar por miedo al fracaso, por no arriesgar su imagen. Y el fanfarrón que busca dominar, no resuelve su problema reconociendo que es orgulloso (pues tiene una imagen negativa de sí), son actitudes compensatorias que desvían la atención del conflicto interno que está en la raíz de su inseguridad: la crisis de identidad.

2) Niveles de identidad

Es una necesidad fundamental del hombre tener un sentimiento adecuado de su propio yo, realista y establemente positivo. ¿En qué niveles y contenidos es posible autoidentificarse?

A. Nivel corporal. Es la primera posibilidad de autoidentidad, el propio cuerpo, sus capacidades físicas y cualidades estéticas. Es el nivel más elemental, el de la infancia, aunque algunos adultos no saben ir más allá del mismo. De ahí la exageración por el cuidado del cuerpo, sano, bello, fuerte, joven y la intolerancia a su deterioro, o la enfermedad. Hoy se acentúa bastante esta identificación y puede haber también rastros en nosotros, como exceso de atención al aspecto exterior (ropa, tipo, ocultar el envejecimiento), no aceptar la enfermedad, no saber envejecer, son señales de una fijación en esta fase de autoidentificación.

B. Nivel psíquico.- Es un nivel superior, más interesante, es la posibilidad de definirse por los propios talentos y dotes, las 'riquezas del ser': el coeficiente intelectual, la seguridad en el trabajo, la honradez. Se pone el acento en lo que se tiene y se espera conseguir por los propios esfuerzos. Este nivel presenta riesgos notables, sobretodo, da una visión parcial de la persona limitada a aspectos que no son los más importantes. Si se identifica sólo a este nivel se siente artífice exclusivo de su realización, como si todo lo que posee fuese mérito suyo. ¿Qué sucede pues en este tipo de autoidentificación?

- Las cualidades como fuente de identidad.- A ellas les confía el hombre 'psíquico' su positividad, se siente alguien y se autoacepta sólo si posee ciertos talentos y puede lograr muchas cosas. Su dignidad depende de la presencia o no de esas cualidades, también afecta esa visión a la elección de estado. Así las cualidades constituyen un límite natural e infranqueable para la propia realización, pues el criterio es 'seré capaz o no seré capaz', entonces la persona no es capaz de arriesgar la propia vida, ni hacer cosas nuevas u originales. Ser él mismo será repetir sus propias cualidades.
- Dependencia del rol.- De esta sobre valoración del talento personal se cae en una dependencia del rol y del ambiente sofocando su originalidad. Se hace inamovible de una actividad o lugar. No es capaz de renunciar a la realización de alguna de sus cualidades con vistas a un bien mayor o interés por el Reino de Dios. Y a veces gracias a esa renuncia la persona descubre otros valores y posibilidades que la enriquecen (el valor de los límites) Cuando uno se identifica totalmente con su profesión se convierte en un funcionario poco creativo, se pierde libertad interior.
- Necesidad exagerada de resultados positivos.- Cuando el rol da la identidad la persona no puede fracasar, debe tener siempre éxito, dar la talla, la imagen que le permita aceptarse a sí mismo. Los demás son sus jueces, he intenta adecuarse a ellos. Podrá pasarse la vida mendigando estima. La imagen social se convierte en fuente de identidad y en regla de vida. Si se quiere a toda costa agradar a los demás se renuncia a algo de uno mismo.
- Temor al fracaso.- El fracaso se vive como una negación de su positividad, con la impresión de no valer ya para nada. Se presentan dos posibilidades: o la depresión-desaliento con el abandono de la situación (caso del tímido), o con rabia y enojo, con agresión a la situación, con frases de autoafirmación o descargo de culpa sobre los demás (caso del fanfarrón). En este nivel de autoidentificación está prohibido fallar.
- No aceptación del pecado.- Esta consecuencia afecta a la vida espiritual: incapacidad de reconocer y aceptar serenamente el propio pecado. La santidad se concibe como una conquista personal, fruto del esfuerzo de la voluntad, como algo que permite sentirse mejor que los demás, y no como un don de Dios para el bien de todos. Entonces la experiencia cotidiana del pecado se hace frustrante y crea sentimiento de culpa, no ligado a la ofensa a Dios, sino a la rabia de sentirse imperfecto. Hay dos alternativas frente a esto: la tensión perfeccionista hacia ideales inalcanzables que acaba en escrúpulos y rigidez, ilusiones y depresiones, o al contrario, la presunción de estar sin culpa o tener una ligera imperfección que permite seguir creyéndose mejor que los demás. Esta concepción de la santidad puede llevar a deformar la conciencia del pecado, identificándolo con una trasgresión de un código moral, y no como una ingratitud hacia el Padre. La consecuencia más grave de la incapacidad de reconocer la propia culpa es no tener la experiencia del perdón divino ni humano.

- Complejo de inferioridad.- La sensación de negatividad personal puede convertirse en un complejo de inferioridad. ¡Nadie tiene todas las cualidades, ni está libre de algún fracaso! Pero además no se resuelve el problema de la propia autoestima pues nunca se satisface la misma. ¿Por qué? Porque así es la naturaleza humana, ‘el hombre no se encontrará nunca buscándose demasiado, ni satisfará su necesidad de estima haciendo de ella el objetivo inmediato de su actuar. Siempre le puede quedar en el corazón la duda de no merecer las alabanzas, o el temor de no poder responder a ese nivel, o la necesidad creciente de elogios. Vive en una tensión continua, se complica la vida, siempre en competitividad, siente celos y envidia de los que tienen más cualidades, y depresión y rabia consigo mismo.
- Error de distracción.- Toda esta tensión psíquica podría emplearse en algo más sano y sin embargo se pierde haciéndose la vida difícil a sí mismo y a los demás. Este despilfarro se debe al error en la autoidentificación, habiendo buscado el propio sentido y realización en las cualidades y no en lo esencial. Todos somos tentados de identificarnos al nivel psíquico. La pasión por el Reino se convierte en preocupación por nosotros mismos. Quizá es el pecado original, querer ser como Dios (Adán), realizarse por sí sólo (Babel), y se castiga porque no lo logra. No se da cuenta de aquello ‘que ya es’, de esa esperanza que lleva dentro, es más un pecado de distracción o de desconocimiento de sí mismo más que de soberbia. Es importante descubrir las “razones de esta esperanza”

C. Nivel ontológico.- Los dos niveles anteriores no son suficientes para dar al hombre un sentido adecuado del propio yo. No pueden dar un sentido sustancial y establemente positivo de la propia identidad, para ello se debe descender a un nivel más profundo y constitutivo. No basta saber que se tienen cualidades, se debe saber para quien y para qué usarlas, de qué modo y con qué objetivo. A este nivel ontológico uno se define por lo que es y está llamado a ser. La persona descubre y constituye su identidad en torno a la relación entre el yo actual, con sus necesidades y potencialidades, y el yo ideal, con sus valores y finalidad. No es solamente aquello que se tiene, sino aquello que se es en lo más profundo, lo que decide la propia positividad.

El yo actual y el yo ideal son dos elementos estructurales de esta autoidentificación, para ello es necesario:

- ◆ La presencia de ambos componentes.- El hombre no puede ser considerado sólo por sus necesidades sino también por sus valores objetivos, posee potencial que le capacita para responder positivamente a esta llamada objetiva.

- ◆ El equilibrio justo entre estos dos componentes.- El yo ideal y el actual no pueden identificarse, faltaría la tensión hacia los valores, pero la distancia entre ellos no puede ser excesiva ni infranqueable, debe ser óptima, realista y alcanzable para el yo actual, para no frustrar la tendencia natural hacia el crecimiento y la madurez. Debe ejercer una fuerza de atracción para caminar hacia el ideal y a la vez revelar su exigencia. Es un equilibrio progresivo entre atrayente y exigente, alcanzable e inalcanzable. Cuanto más me acerco al valor más me trasciende y exige.

No es fácil este equilibrio, en el fanfarrón y el tímido esta distancia óptima no existe. El fanfarrón la elimina, seguro de sí mismo, confunde lo que es con lo que debería ser. En la autoidentidad del tímido la distancia entre los dos componentes es infranqueable. El valor es inalcanzable, se siente incapaz, aplastado por las exageradas expectativas del yo ideal, es como si no existiera. En ambos casos se da una precariedad en el concepto de identidad, de la que deriva la inseguridad, negada por unos y padecida por otros, que se manifiesta en no moverse hacia los valores.

Veamos cómo es posible moverse hacia un sano concepto de sí mismo:

- Yo actual: un germen de positividad.- Es necesario recuperar un sentimiento positivo del yo actual. Esta positividad no hay que buscarla fuera de uno mismo, en la estima de los otros, o en el éxito, sino en el interior del propio yo, en aquello que forma parte de nuestra identidad humana y cristiana.

Todo hombre posee energías preciosas: es capaz de amar, de olvidarse de sí para darse, de realizar obras útiles, de crear algo significativo, también es verdad que esas energías pueden usarlas equivocadamente en un sentido egoísta o destructivo. Pero si está dotado de esas capacidades ellas constituyen una exigencia para todos. ¡Qué rica sería la vida si todos tuviéramos el valor de ser creativos!, y estaría menos necesitada de gratificaciones externas (fama, alabanzas...) Esta

creatividad es un deber que da valor y color a la vida, y enriquece a la persona sintiéndose digna de estima. Cuanto más descubre este germen de positividad en él, más sabe apreciar y disfrutar sus cualidades sin entristecerse por las que no tiene.

A nivel cristiano esa estima de uno mismo recibe una nueva y valiosa confirmación. La conciencia de ser imagen y semejanza de Dios es la garantía más fuerte y significativa de una positividad que está inscrita en nuestro ser, desde el inicio, como un germen. ¿Por qué tantas personas insatisfechas, inseguras, también entre los creyentes? Es porque la verdad de fe toca sólo su inteligencia, no desciende hasta el corazón, ni se traduce en práctica de vida, corriendo el riesgo de mendigar algo que ya posee. En cambio quien descubre en sí las huellas de la semejanza divina, descubre la esperanza de que su sed de positividad sea satisfecha. Con esta esperanza en el corazón el hombre puede creer en sí mismo y exigir a su vida ser transparencia de la imagen de Dios que ha recibido como don (en germen)

➤ Yo ideal: el cumplimiento de la positividad.- El yo actual no es suficiente para explicar la totalidad del hombre, ni le puede dar el sentido completo y definitivo de su identidad. Es un germen, una esperanza, una promesa, que puede corromperse si el hombre se erige en intérprete absoluto de su destino y administrador autónomo de su tesoro. Esto le da la impresión de libertad y autosuficiencia pero tendrá que preguntarse si está realizando su propio yo o va tras un fantasma.

Hay en todo hombre una exigencia fundamental (que quizá no figura en los libros de psicología, es la necesidad de revelación: “el hombre tiene necesidad de saber que está llamado a ser”, y es tan central la llamada y decisiva la respuesta que no puede arriesgarse a engañarse. Debe aceptar que no sabe y dejar de creer que ya está todo claro en sus experiencias, como si fueran ellas las que le dan un nombre. El hombre es alguien ante Dios, la vida que posee como don, es un camino del que no conoce ni el origen ni el final. Sólo quien se la ha dado puede desvelar el sentido y el puesto preciso que debe ocupar en ella. (“Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta descansar en Ti”, san Agustín). Este sentido y este puesto son el contenido de su yo ideal. En él se encuentra a sí mismo y lo que está llamado a ser tal como fue pensado por su Creador. En los valores que constituyen su propio yo encuentra la revelación de sí, una realidad a interiorizar y a realizar en su vida. Descubre lo que está llamado a ser en aquel hombre nuevo que Dios cada día le revela y pacientemente construye. Es la experiencia de que ha descubierto su verdadera identidad y deja que se convierta en su yo, es la experiencia de san Pablo: “Vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”

¿Pero cómo se da concretamente esta revelación del yo ideal?

A imagen de Dios.- El conocimiento del hombre y su destino está profundamente unido al conocimiento de Dios de su voluntad creadora: la identidad del hombre está escondida en Dios. Este principio tiene importantes consecuencias, significa que:

1. En la revelación de Dios, el ser humano encuentra, descubre, misteriosamente encubierta, la revelación de su yo y de su yo ideal.
2. Cuando Dios habla de sí mismo habla también de nosotros, por ej. Él es la vida nosotros los sarmientos.
3. Entonces la Palabra de Dios se convierte en fuente de esta revelación. La historia de la salvación es la gran historia de toda la humanidad: nos dice quiénes somos, de dónde venimos y adónde nos dirigimos. Hasta el día en que esta Palabra se cumpla plenamente...

En un seguimiento particular de Cristo.-

Dios ha puesto en nosotros un germen divino único e irreplicable: es un germen que cada uno encuentra en sí mismo y en su historia llena de la huella de un amor creador. Gracias a este amor, la persona se descubre a sí misma y su misión. Dios nos ha dado un nombre y un rostro inconfundibles. ¿Cómo descubrirlos? Además de la Palabra de Dios hay otros puntos de referencia: los signos de los tiempos, el acompañamiento espiritual, la propia historia, mediaciones de las que Dios se sirve para manifestarnos su voluntad. Todo buscador sincero llega a identificar dónde le llama Dios. Lo importante es la actitud con que la persona la descubre y la hace suya:

1. La revelación es un *don* del Padre, Él quiere nuestro bien y realización y nos indica el camino para conseguirlos.
2. Es un don dirigido *a cada uno* dando identidad y positividad.

3. Es un don *para los demás*, el don vocacional no puede quedar encerrado en los límites del yo. Realiza al llamado en la medida en que lo hace salir de sí mismo.
4. Es un don para vivirlo *con los demás*, con aquellos que comparten el mismo proyecto de vida.
5. Es un don que se convierte en seguimiento de Cristo, así la identidad queda plenamente desvelada, y se hace adulta esa criatura pensada por el Padre a imagen del Hijo.

➤ **Carisma y carismas.**- La positividad del yo es un don recibido junto con la vocación, se identifica con ella. Quien descubre su llamada resuelve el problema de su estima., pues es una llamada a darse a los otros y preocuparse menos de sí mismo. El carisma es esa capacidad de darse en una forma propia y original, todo hombre lo tiene. En primer lugar un carisma vocación-ideal, que expresa el proyecto del yo, la elección del estado de vida (casado o virgen, laico o sacerdote); después carismas funcionales-actuales, que se refieren a las formas de ser de la persona que están al servicio de esa elección (cualidades psíquicas, morales...). El carisma vocacional está vinculado al yo ideal, los carismas funcionales al yo actual.

Quien ha recibido la vocación al matrimonio está llamado a encontrar en él el sentido de su realización, y al fuente de su positividad, viviéndolo como un don a compartir con los demás. Primero con una persona que haya recibido el mismo carisma y con la que realizará una unión de proyectos, intenciones, valores..., además de física. Construyendo una familia al hacerse don uno para el otro, y esto es seguir a Cristo, viviendo plenamente la riqueza del propio ser y de los propios dones.

Del mismo modo, aunque con contenidos diversos está llamado a realizarse quien ha recibido el carisma del sacerdocio o consagración religiosa. Respecto a la vida religiosa su carisma vocacional se identifica con el carisma del Instituto del que forma parte:

1. El carisma de una familia religiosa es la revelación de mi yo ideal, es el nombre que Dios me ha dado, es esa específica semejanza con Dios que estoy llamado a expresar. En él encuentro mi yo y mi vocación de un modo completo y muy preciso. Es necesario acercarse al carisma, estudiarlo, meditarlo con una actitud de respeto, veneración y gratitud. Esa historia es don del Espíritu, es también un poco mi propia historia, y me ofrece la clave para interpretarla y descubrir el misterio de mi yo.
2. El carisma es un don para los demás y para compartir con los demás. Uno no se consagra a Dios para garantizarse la salvación o la perfección, sino para decir sí a una llamada que implica el bien de los demás. Todo Instituto surge para responder a unas necesidades materiales o espirituales concretas. El mismo carisma es un ideal a vivir en comunidad para compartir el don recibido.
3. El carisma significa un particular seguimiento de Cristo. La persona descubre en el Instituto religioso una sintonía entre su yo más profundo y un seguimiento específico de Cristo: es como si una atracción misteriosa le descubre en esa particular imitación de Cristo su nueva identidad, ese yo que está llamado a ser. Su compromiso de vida es realizar esta identificación, su vivir, psicológica y espiritualmente, es Cristo.

Desde que la persona descubre su yo ideal en el carisma y en el tipo de seguimiento de Cristo que dicho carisma le propone, su estima y su identidad se enraízan establemente, es una estima positiva que ya nadie puede quitarle.

D. Nivel metapsíquico

Está dentro del nivel ontológico, no es una nueva fase sino una sub-fase que significa más allá de lo psíquico. En este proceso de identificación la persona recupera su propia realidad psíquica de dotes, cualidades..., pero la percibe y expresa desde un nuevo punto de vista, desde un nivel ontológico y no sólo psíquico. ¿Qué supone esto?:

1. Se crea una nueva jerarquía de valores, lo más importante no son ya las propias cualidades, ni se apoya en ellas para su realización, sino su uso en función del propio yo ideal. Son carismas funcionales (inteligencia, creatividad, sociabilidad...) al servicio del carisma vocacional, un medio y no un fin.
2. En esta jerarquía de valores todas las cualidades no son ya una propiedad personal sino un don. Todo lo que tenemos y somos, lo que hacemos y ofrecemos, nos ha sido antes donado. Cuando se

comprende esto nace una profunda gratitud y serena alegría por todo el bien que poseemos y vemos en los demás, no hay lugar par la envidia, complejos... Ahora la persona se acepta, descubre su positividad, y goza de ella, reconoce su negatividad y no se desespera, sabe reírse de sí misma. Sabe que más allá de sus fracasos hay en ella una positividad radical e inatacable. Se convierte en una persona feliz y libre, libre para poner sus dones al servicio de los demás. Lo que ponemos a disposición de todos crece y se desarrolla cada vez más y nos da la valiosa certeza de que todo es don, también nosotros lo somos y estamos llamados a serlo siempre.

3. Quien se da asume la actitud del siervo. Don y servicio van unidos. Es muy sutil la tentación de darse a los otros según proyectos aparentemente evangélicos, pero subjetivos e interesados, y creerse siervos. Es importante recordar que no somos nosotros quien definimos nuestro personal yo ideal, sino que nos viene revelado día a día a través de mediaciones concretas. La disponibilidad para aceptar tales mediaciones es signo de la disponibilidad para acoger los planes de Dios. Ser siervos quiere decir dejarse conducir por Él porque nosotros desconocemos la senda. Sólo si aceptamos esta pobreza radical podremos señalar el camino a los demás, con nuestro servicio humilde y desinteresado. Quien se siente siervo tiene una predisposición positiva hacia la realidad, sabe que Dios se manifiesta a través de personas y situaciones humanas y no pretende que éstas sean perfectas. Es la experiencia existencial del bien recibido lo que fundamenta una actitud de confianza y realismo, de optimismo y de disponibilidad obediente.

4. No somos dueños de nuestras cualidades pero las sentimos parte de nosotros. Sin embargo la vida, esta vida trazada siempre por Dios, puede pedirnos la renuncia de alguna de ellas, con vistas a un bien mayor. No son momentos fáciles, parece que sacrifiquemos una parte de nosotros, pero será el momento de saber con qué nivel nos identificamos. Sólo quien ha fijado su identidad en el nivel ontológico puede hacer este sacrificio serenamente, sin sentirse defraudado por el destino.

5. Esta lectura de los propios dones más allá de lo psíquico permite vivirlos y expresarlos de forma plena, dando el ciento por uno. Ya sea porque la persona es libre y serena, ya sea porque es provocada por su yo ideal para dar lo mejor de sí. Nada como un yo ideal con valores trascendentes puede activar nuestro dinamismo psíquico y exigir un continuo compromiso llenos de entusiasmo, creación y fuerza. (Ej. El grano de trigo que muere en el surco y da mucho fruto)

E. Nivel metacorporal

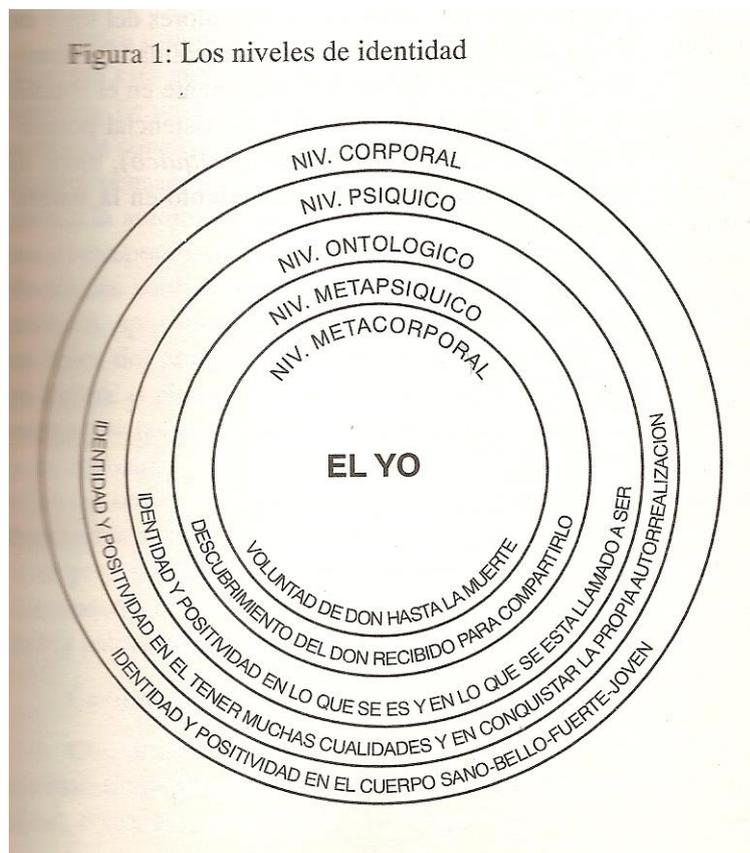
Del mismo modo que el nivel psíquico, también el corporal debe ser reasumido en la dimensión ontológica y replanteado en su totalidad, se hace así metacorporal: más allá de lo corporal. Desde la identificación con el nivel ontológico la persona ve su propio cuerpo no como fuente única de positividad (sano, bello, fuerte, joven), sino como objeto y ámbito de donación. Pone sus recursos físicos al servicio del valor descubierto en el yo ideal, está dispuesto a arriesgar su vida por el Reino. Hace de la vida un don maravillosos en beneficio los demás.

Vivir el propio cuerpo como don y no como posesión hace una interpretación del encuentro sexual en el matrimonio como ofrecimiento de sí y del deseo de integración recíproca, que provoca placer y emoción, pero va más allá de todo esto. Es la sensación de entregarse a un tú para ser plenamente uno mismo y hacer que así el otro sea plenamente él, abriéndose juntos a nuevas vidas... Del mismo modo en el carisma de la virginidad se vive el propio cuerpo como don, la renuncia la encuentro sexual proyecta la afectividad a amar desinteresadamente a más personas, captando las alegrías más profundas de la relación humana.

Todo esto es posible en personas que han descubierto la positividad dentro de sí, en valores ideales que lo constituyen en el ser y van más allá de su cuerpo, sirviéndose de él para manifestarse. A veces hay personas que sólo se sienten alguien si son capaces de seducir, también en los consagrados se puede mostrar valor y amabilidad para ser atrayentes, buscando alguna relación dependiente, y sufriendo más de lo normal la abstinencia sexual. Puede ser por una excesiva identificación a nivel corporal que provoca problemas afectivos. Quien se identifica al nivel metacorporal no tiene necesidad de crearse ilusiones consoladoras porque en la realidad de lo que está llamado a ser encuentra la razón de su vivir y de su morir, y esa razón es que el bien recibido (la vida) tiende naturalmente a convertirse en bien donado (la muerte), y esta razón fundamenta su positividad.

El fin del propio tiempo será el punto final y el ofrecimiento extremo de una vida transformada progresivamente en don, una positividad que se extiende más allá de la muerte. La persona es consciente de que nadie le quita la vida, es él quien la ha donado. (Jn 10, 18)

Figura 1: Los niveles de identidad



Hay también un sentido cronológico, además del axiológico en la lectura de este esquema: en efecto, en la vida todos debemos pasar por estas fases progresivas de identificación. En el comienzo de la existencia se da la identificación corporal, el nivel psíquico es propio de la adolescencia. Ser joven significa descubrir la raíz positiva de la propia identidad en los valores del ser y en la llamada vocacional que incita a ser más, es el nivel ontológico. El estado adulto es vivir en plenitud el don existencial poniéndolo al servicio de los demás, nivel metapsíquico, hasta el punto de hacer total y completo tal ofrecimiento en la muerte, nivel meta corporal.

3) Autoidentidad y autorrealización: papel del carisma

La autorrealización está ligada a la autoidentificación y se entiende de forma correspondiente al nivel en el que cada uno se identifica. Mi forma de identificarme determina mi forma de vivir, los contenidos que me definen se convierten en los modelos conforme a los cuales me construyo.

➤ Carisma y autorrealización.- Quien se identifica al nivel ontológico está llamado a autorrealizarse viviendo plenamente su yo ideal, su carisma. Lo que se es y se está llamado a ser. La verdadera autorrealización no significa una simple realización de las cualidades, o una promoción del yo acompañada del éxito social. Al contrario la auténtica realización significa siempre algo nuevo, un modo de ser más pleno. El carisma es ese proyecto: descubrirlo es conocerse, vivirlo es realizarse en plenitud, por caminos que no son previsibles, y que van más allá de lo que podemos esperar de nosotros. Así el camino de interiorización del carisma coincide con el proyecto de autorrealización. Esta concepción del desarrollo humano respeta la libertad y originalidad del hombre, haciéndolo abierto al futuro y revelado por él, no predeterminado biológicamente, ni a un destino marcado por la infancia, sino llamado a elegirse y superarse desde su vocación personal.

El camino de realización de una persona sigue fases precisas que corresponden a los componentes de su carisma vocacional. Todo hombre recibe de Dios un carisma que le indica una elección de vida y modos concretos de ser y de realizarla. Tal don es propio de cada persona, pero son iguales sus componentes y el dinamismo psicológico que permite la interiorización de ese don.

Las etapas del camino e interiorización carismática sirven por los consagrados y por otras opciones de vida creyente.

Las líneas fundamentales de ese único proceso de autorrealización del hombre y de interiorización del carisma son: Sentido de pertenencia, experiencia de Dios (mística, formación de la persona (ascética), compromiso de servicio. Es personalidad autorrealizada y carismática al mismo tiempo. No se dan contraposiciones entre exigencias psicológicas y espirituales, ni se forma primero al hombre, luego al creyente y luego al consagrado, es formación integral, el nacimiento de una nueva criatura.

a. sentido de pertenencia.-Es la sensación de encontrarse a sí mismo en un carisma, y señala el comienzo del camino de identificación. Viene de Espíritu y provoca una mezcla de calma y tensión, suscita atracción hacia el carisma porque es descubierto como la condición para ser uno mismo, de esa atracción nace la decisión de entregarse a tal proyecto con opciones precisas, por ej entrar en una familia religiosa con una regla de vida, unas personas, una historia y tradición..., pero todo visto como algo a lo que se pertenece. El sentido de pertenencia no es algo sentimental, ni sectario, ni superficial. *El verdadero sentido de pertenencia a un Instituto es el reflejo del sentido de pertenencia al carisma.* De ahí viene la capacidad de amar a la comunidad tal como es, de sentirla como la propia familia, de acoger a los hermanos con sus limitaciones y dones, decidiendo vivir juntos porque, más allá de todas las diferencias y miserias, está este proyecto común, pensado por Dios y confiado a cada uno para el bien de muchos. El carisma es como un virus, todos dentro de la comunidad son sus portadores, no hay expertos, cada uno ha recibido el mismo don del Espíritu, y tiene el derecho y el deber de dar su aportación para profundizar en él y descubrir sus riquezas. Un Instituto será tanto más actual cuanto más vivo sea el sentido de pertenencia de sus miembros.

b. Experiencia mística, de Dios.- Es la experiencia de lo que Dios realiza en nosotros. Nada extraordinario sino la conciencia humilde y agradecida, de que Dios no es sólo el autor del don, sino también el que lo realiza. Reconocer su mano que nos modela.

Al comienzo se da siempre una teofanía, es Dios quien tiene la iniciativa revelándose, también en la pequeñez de nuestra vida. El carisma es auto-revelación de Dios, en él el hombre se descubre a sí mismo. Todo carisma está contenido en la Escritura, es una página suya. Nuestras familias religiosas existen porque hubo quien vivió esta experiencia de lo divino y permanecen vivas mientras otros, por don de Dios, reviven la misma experiencia. En la relación con Dios descubro mi identidad, la oración es transformante pues nos lleva a identificarnos con lo contemplado. La oración confiada y fiel, paciente y suplicante busca el proyecto divino en el misterio escondido de Cristo con sencillez. Es una oración atrayente pues es acción misteriosa de Dios, Padre y Creador, que va clarificando su proyecto, nuestro carisma.

c. Camino ascético.- Si la mística es lo que Dios realiza en nosotros, la ascética es todo lo que nosotros hacemos para acoger su acción y responder a ella. Es el propósito del hombre de hacerse disponible a la acción del Espíritu., a través de opciones y actitudes concretas. No debe desvincularse de la mística, el hacer del hombre debe seguir al ser, la adoración preceder a la acción y el asombro al esfuerzo. La mística debe desembocar en un proyecto ascético para no quedarse en sentimentalismo, éste es necesario para la construcción de la propia identidad. El yo no es sólo una realidad para la contemplación, también es una realidad operativa, que se realiza en un determinado modo de ser. La oración y el compromiso son búsqueda y descubrimiento de la propia identidad, don de lo alto que nos hace ser nosotros mismos.

_ Camino de la formación del yo: Primero se da la fase negativa en la que se abandona la antigua identidad, el yo viejo del hombre psíquico pobre ante el yo ontológico, supone la salida de la indecisión, se llama fase de la desestructuración. De la vieja identidad se pasa progresivamente a la nueva descubierta en el misterio contemplado y definida en el proyecto ascético vinculado al carisma. El programa ascético es algo concreto que constituye un estilo de vida basado en la tradición viva del Instituto, y es reconocible exteriormente. El camino ascético es un camino largo, iniciado por el fundador, y que se propone no como una copia sino como un estímulo para renovar creativamente nuestra vida. Es un camino para redefinir toda la personalidad en sus contenidos y objetivos, para

interiorizar un nuevo modo de ser en el que resplandezca el don recibido del Padre para el bien de todos. Cada familia religiosa debe definir el propio carisma no sólo en la doctrina sino también en el modo de ser característico. Un camino para modelar la personalidad de sus miembros según el propio carisma. (En nuestro caso la Unidad en el Amor)

Es una ascesis para la construcción del yo, es inteligente, apasionada, vigorosa, conduce a la alegría, humilde pero contagiosa que está escondida en toda renuncia libremente elegida por amor a un valor.

d. Compromiso apostólico.- Todo carisma es suscitado por el Espíritu para afrontar una necesidad de la Iglesia y del mundo. Toda familia religiosa tiene un objetivo apostólico preciso, ligado a los demás componentes: sentido de pertenencia, experiencia mística y camino ascético. Un carisma es como un mosaico ideado por el Espíritu en el que cada componente es necesario, supone al otro y lo determina, es una relación de armonía. Frecuentemente se identifica el carisma de un Instituto por el objetivo apostólico, con lo que hace, pero es imposible comprender éste sin la experiencia mística y ascética, de igual forma el sentido de pertenencia y las relaciones comunitarias deben configurarse en función del apostolado.

Es importante que en la formación inicial y permanente se entienda la dimensión apostólica como algo esencial y constitutivo, como componente natural de su ser consagrado, pero sin separarlo de la experiencia mística y ascética. La persona unificada, fiel a un proyecto de vida, se encuentra a sí misma y a su Dios y a sus hermanos en toda actividad y en todo momento,

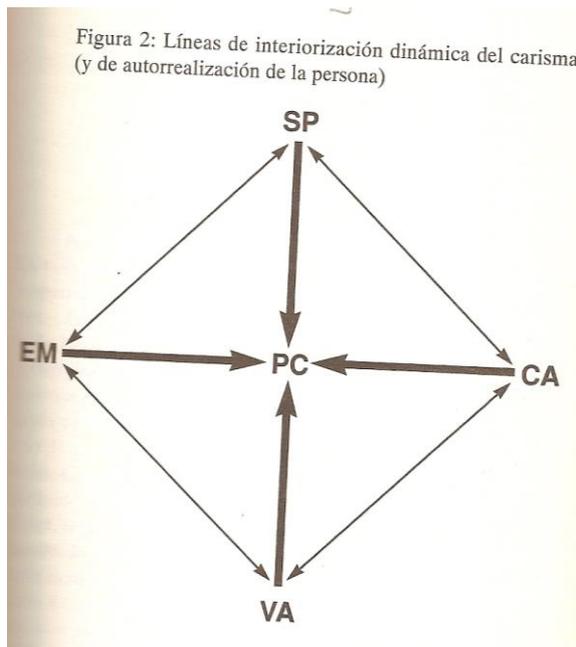
Dentro del compromiso apostólico, muchos Institutos destacan el servicio a los pobres, pero en la realidad es más teórico que práctico. Es importante comprender porque la opción preferencial por los pobres está dentro de todo carisma religioso. Los motivos se pueden resumir en los siguientes:

1. El pobre representa al hombre en sí mismo, digno de ser amado por lo que es y no porque lo que posee. Preferir al rico e importante quiere decir identificarse a nivel psíquico, y no amar a nadie ni a sí mismo. Amar al pobre significa tener el corazón libre y transparente, haber descubierto la verdadera dignidad del otro (nivel ontológico)
2. El pobre manifiesta la pobreza de todo ser humano. Sentirse amado en la propia pobreza por Dios cambia la vida y nos capacita para hacer lo mismo. Llamados a hacer nacer la esperanza en el lugar de la desesperación.
3. El pobre es el predilecto de Dios. El pobre está más abierto a fiarse únicamente de Dios y a experimentar su salvación, es dichoso con una alegría, serenidad y sabiduría que desconocen los ricos.
4. El consagrado ha elegido ser pobre. Si no lo vive se produce una crisis de identidad, si se vive se despierta la predilección por los pobres, se hace más humano y libre para darse. El contacto con quien no tiene nada lleva a otras renunciaciones: como a no sentirnos dueños de nosotros mismos. Para ello es necesaria una formación auténtica, integral, que parta de la experiencia personal de pobreza pero ayude a aceptar la pobreza de los demás, especialmente en la vida comunitaria. Aprender a tener predilección por los pobres de casa: enfermos, mayores, difíciles... el respeto, la comprensión, el amor a estos hermanos es el mejor ejercicio para aprender a amar a los otros pobres, y es testimonio de servicio a los pobres mismos. El pobre es amado por lo que es y no por las 'ocasiones' que nos ofrece (compensaciones, afirmación del yo...)

Amar con libertad interior, saber ser sensible al dolor del otro, haber hecho la experiencia de la propia pobreza amada y redimida por Dios... es lo que estamos llamados a realizar cada día como consagrados y cristianos. Y esta es la confirmación de que la opción preferencial por los pobres es connatural a la vida religiosa y la vida cristiana en general. La fidelidad a la propia vocación pasa por la fidelidad a esta opción. El sentido y realización de nuestro yo está en el servicio al hermano pobre que nos hace descubrir la dignidad de todo hombre y la belleza de una vida gastada a favor del que sufre.

Este es el sentido de la figura siguiente: la persona (consagrado), que está en el centro, se construye uniendo entre sí los diversos componentes del carisma. Resulta así una personalidad carismática con plena autorrealización humana y cristiana de un proyecto pensado por Dios y encarnado por un hombre. Unidad de vida, relevancia funcional del carisma, positividad y estabilidad del yo, autorrealización y autotranscendencia... todos estos valores se desarrollan en el camino de

formación que dura toda la vida, para que el consagrado sea transparencia de don divino, pequeña obra maestra en manos del Creador.



SP: Sentido de pertenencia
EM: Experiencia mística
VA: Vía-camino ascético
CA: Compromiso apostólico
PC: Personalidad carismática

4) Carisma e Institución

Lo resumiré más tarde

II.- EL HOMBRE A LA BÚSQEDA DE SU DIOS

El hombre, ese ser limitado de aspiraciones ilimitadas, es un ser en búsqueda constante. Se busca a sí mismo, en primer lugar, y si descubre su propia identidad, advierte la necesidad de ir más allá en su búsqueda... Hacia el ser que es la fuente de su identidad. Es una progresión natural que exalta su dignidad: ¡el hombre es capaz de buscar a Dios! Conocerse a sí mismo significa conocer y descubrir en sí mismo la imagen de Dios, a Dios mismo (san Ireneo). Esto explica que el deseo de Dios y de conocerlo sea un deseo radical y universal del hombre. Dios mismo lo ha puesto en su corazón, y si de verdad el hombre busca a Dios lo encontrará porque Dios mismo le saldrá al encuentro. Esta

experiencia de búsqueda de Dios se puede articular en tres fases: desestructurante, sub-liminal y reestructurante.

1) Fase desestructurante: muerte del hombre viejo.

Para construir la relación con Dios, es necesario primero hacer una obra de desmantelamiento. La des-estructuración es todo lo contrario de las componendas, implica el valor de liberarse de las falsas ideas que tenemos de Dios y de nuestra relación con él, para comenzar a convertirse de verdad.

1. Las ilusiones en la vida espiritual

Como dice san Agustín: “el corazón humano está inquieto hasta que descanse en Dios”. Todos hacemos nuestra propia imagen de Dios, pero es posible engañarse, la palabra de Dios nos dice cómo salir del engaño. Ante el escriba que pregunta a Jesús sobre el primer mandamiento, Jesús le responde: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Mc 12,30). Para tener experiencia auténtica de Dios es necesario todo el hombre: corazón, mente, voluntad, deben movilizarse todas las facultades humanas.

Dos condiciones desde el punto de vista psicológico son necesarias para la experiencia de Dios:

a) la armonía estructural interna: debe ser una experiencia unitaria, que unifique a todo el hombre, implicando todo sus dinamismos psíquicos: corazón, mente, voluntad.

b) La profundidad de la misma experiencia: Dios tiene que ser amado con todo, comprometiendo radicalmente la propia vida por Él.

Se da como un doble movimiento: en expansión y en profundidad, pero dentro del mismo proceso. Cuando se bloquea uno de ellos el otro resulta afectado, y nacen entonces las ilusiones sobre Dios. Por ej. Se busca al Dios que contenta el corazón, o recompensa la voluntad, o da seguridad a la inteligencia, pero no es el verdadero Dios, porque Él no es solo ternura, autoridad o verdad. El es todo o no es nada.

➤ Ilusiones que pueden darse a partir de tres tipos fundamentales: el todo corazón, acción o cerebro.

a. La ilusión sentimental.- es típica de quien sostiene que para conocer a Dios basta el sentirlo dentro. Esta confusión tiende a reducir al amor a una emoción placentera y sensación positiva. De este equívoco se derivan unas consecuencias:

_ Su experiencia de Dios será inestable.- El tipo “todo corazón” alternará momentos de gran entusiasmo con otros de frialdad y desinterés. Cree orar bien cuando experimenta un cierto gusto, cuando siente la presencia de Dios como algo bello, apasionante. No soporta los silencios de Dios. No sabe vivir estos momentos como tiempo propicio de purificación de su mismo deseo de lo divino, para que crezca cada vez más la espera junto al gusto y al esfuerzo de la búsqueda.

_Será una experiencia ilusoria.- La voluntad y la inteligencia quedan al margen de este monólogo sentimental. La emoción se convierte en un fin en sí misma y no determina un cambio concreto de vida, vive aún el hombre viejo con sus valores y criterios. Se buscan más los consuelos de Dios que al Dios del consuelo.

_Será una experiencia contradictoria.- No solo no provoca una conversión de la voluntad y de la inteligencia, sino que tampoco lleva a un enamoramiento de Dios, pues ama con todo el corazón quien ama ‘con todo’, con la voluntad, la mente y las obras. Ama para siempre y permanece fiel. Cuanto más se ama a Dios más se experimenta como algo natural el amor al prójimo, es el mismo amor. El sentimental ama poco, o se refugia en un espiritualismo desencarnado creyéndose amar a todos, o quiere de una forma instintiva, apegándose a aquellos de quien espera afecto.

b. La ilusión moral.- Se da cuando se absolutiza la voluntad, se cree que para tener experiencia de Dios basta hacer ciertas cosas, cumplir normas, celebrar cultos. Se invierte la relación hombre-Dios pues siempre es Dios quien sale al encuentro del hombre, es puro don, al que el hombre debe prepararse. Le faltan tres actitudes al tipo ‘yo lo hago todo’:

_ No sabe decir gracias: cuanto posee es suyo, fruto de su esfuerzo y renuncia. Se identifica a nivel psíquico, ve la santidad desde una óptica narcisita-individualista. Corre el riesgo de hacer de su virtud un ídolo del que vanagloriarse. Normalmente no va más allá de la regla y si lo hace se cree un héroe o una víctima. Dios debería ser quien premia o castiga según una estricta justicia, olvidándose de la misericordia.

_Es incapaz de reconocer sus límites.- Intenta negarlo, minimizarlos o culpar a otros. No sabe acoger la misericordia, ni vivir su pobreza como ocasión de gracia en la cual sentirse amado-redimido-perdonado por la ilimitada ternura del Padre.

_Se hace una persona legalista-perfeccionista.- Rígido consigo mismo y con los demás, en su interior pobre en entusiasmo, incapaz de gozar de la vida se convierte en un triste observante. Mente y corazón no están suficientemente implicados, y aunque celebra el culto con atención no se deja atrapar por el misterio, contacto superficial con lo divino, el corazón está lejos, es más estoico que enamorado. Se da un exceso de voluntad, de exigencia, que no se puede resistir a la larga y se cansa o abandona.

_La ilusión intelectual.- Es el tipo 'todo cabeza', no ha desarrollado adecuadamente su propia capacidad de amar. Sostiene que conocer a Dios es cuestión especulativa, reduce a Dios a su propios y pobres esquemas cognitivos, las consecuencias en el tipo racionalista son importantes:

1.No tiene el sentido de transcendencia ni de misterio. Reduce todo a la medida de su pensamiento, considera humillante tener dudas o admitir que no entiende, para él todo está claro. No tiene problemas de fe, cuando sin embargo muchas veces la fe es caminar en la oscuridad, y siempre aceptación del misterio que nos supera. Es entonces cuando entramos en contacto con Dios, permaneciendo en el misterio, como María. Ese permanecer que la mística cristiana llama adoración, y que es incomprensible para quien cree en Dios como una ecuación.

2.Quien sabe adorar descubre el corazón de Dios y se abandona en él. Quien no adora no puede conocer a Dios ni se deja amar por él. En el fondo tiene miedo de Él y de su propia vida, todo lo que no conoce con seguridad es para él un problema, querría saber para programar todo, no tiene el sentido del abandono. Dios es una de sus certezas teóricas que asegura su mente, pero deja frío el corazón y exige poco a la voluntad. Su fe es pobre, pretende creer sólo con la cabeza, excluyendo el corazón y las obras.

Nuestra fe puede estar contaminada con alguna de estas ilusiones, darse cuenta es el principio de la liberación.

2. La decisión de convertirse

La conversión es el camino para pasar de las ilusiones a la auténtica experiencia de Dios. Es este proceso lento y discreto que se da en la existencia de quien encuentra a Dios, lo descubre cada vez más como realidad transcendente y se deja transformar radicalmente por Él. Para quien ha hecho de Dios la razón de su vida, convertirse significa seguir este proyecto con fidelidad y constancia, superando las tentaciones de inmovilismo o mediocridad. Se necesita una doble conversión: 1º el propósito de dedicarse al servicio del Reino y 2º entregarse enteramente a Dios en el camino de la santidad. Muchos se detienen en la primera, en el servicio pero que no cambia a la persona, no se convierten del todo, se sigue viviendo al estilo de siempre. ¿Por qué es tan difícil convertirse del todo? Porque al hacer la opción existencial de fe nos sentimos ya en la categoría de los justos.

➤ Fases y componentes de la conversión:

a. Conversión y transcendencia.- Somos familia de Dios, vivimos en su casa, hijos del Padre, le sentimos presente en nuestra vida, pero nos hacemos expertos en las cosas de Dios y ya no nos asombramos de sus maravillas, su Palabra no nos provoca y no consideramos tan urgente la necesidad de cambiar. Metemos a Dios en nuestros esquemas racionales, como si fuera un amigo más sin especiales pretensiones o exigencias imprevisibles. La conversión echa por tierra esta pretensión, supone descubrir que Dios está más allá de las cosas y es mucho más grande que nuestros proyectos e ideales. Es esfuerzo y novedad cada día, no un problema ya resuelto. Es Dios, no un hombre, sus caminos no son los nuestros, cuando esta verdad se convierte en certeza la vida comienza a cambiar. Frente a este Dios transcendente se descubre que la única respuesta es la transcendencia de sí y del propio mundo.

b. Ahora lo considero 'todo pérdida'.- La luz que inunda a quien se abre a la transcendencia descubre los falsos dioses: criterios de acción, valores, interpretaciones, simpatías, vínculos... Cuanto más entramos en contacto con Dios, más sensibles somos a todo lo que nos pueda alejar de él, y nos hacemos exigentes con nosotros mismos. Es una consecuencia de la irrupción de lo transcendente en la propia vida. Lo que anteriormente era tan importante para sentirse realizados se descubre que ya no lo es, no nos llena, aquel afecto que colmaba el corazón se manifiesta pobre para un corazón llamado por Dios a enamorarse de Él. Es la experiencia de san Pablo (Fil 3, 7 s) Hay un momento en

la vida en que todas las cosas de antes tienen que parecerse basura comparadas con el amor de Cristo, si no es así existe el peligro de no convertirnos nunca, de no nacer a una nueva vida, de conformarnos con una vida mediocre.

Además el estilo de vida anterior aparece como contradictorio y frustrante, no sólo porque impide vivir los valores del Reino, sino porque ni siquiera permite la satisfacción de las necesidades. Cuando se vive en función de las necesidades estalla un conflicto entre ellas, por ej entre ser el centro de atención y sentirse amado; además la satisfacción de ciertas necesidades (dependencia, valoración, agresividad...) no sacia la sed sino que la aumenta y además es pasajera. Seguir por ese camino nos perjudica es una vida vacía y nociva. Pero es necesario convencerse por sí mismo de ello no como algo impuesto de fuera.

Esta es la fase de desestructuración se destruye lo que antes cimentaba su vida. Debe ir junto la provocación espiritual del Transcendente y la experiencia psicológica (desagrado por la vida anterior) para una verdadera liberación, abandonando las costumbres, gratificaciones, vínculos, ilusiones... que antes consideraba lícitas. El camino de conversión es renacimiento y por tanto también muerte.

2) Fase sub-liminal: a través del desierto...

Es difícil explicar y vivir bien esta fase. El término sub-liminal significa superación de un cierto umbral que nosotros ponemos espontáneamente en nuestro camino espiritual y Dios nos obliga a sobrepasar: el umbral de nuestra inteligencia y la pretensión de saberlo todo, de tener el control y seguridad de nuestros movimientos; el límite de nuestra paciencia y nuestra disponibilidad razonable al sacrificio y a la renuncia. Un límite que esconde otra pretensión, la de que Dios sea razonable y no exiga demasiado. Entrar en esta fase es experimentar esa purificación necesaria para ir al encuentro de Dios y de falsos dioses.

1. El valor de caninar en la oscuridad

En la conversión de san Pablo está el modelo de toda conversión: se trata de una luz que viene de lo alto y envuelve nuestra vida, dándonos una percepción distinta de nosotros y de nuestra idolatría. Es una luz que deslumbra, hace caer y ciega, es un momento doloroso, anti-natural y delicado. Es necesario dejarse conducir por el misterio y por lo incognoscible. Nosotros querríamos ver a Dios, conocer su voluntad, comprender sus caminos, pero estas exigencias no valen con Dios, Él es el Transcendente. Pero el Señor proclama dichoso a quien cree sin ver, como María, como todos los santos que han sufrido la ausencia de Dios.

El verdadero problema es esta fase es que los valores anteriores se ha demostrado que eran falsos pero los nuevos aún no han llegado al corazón del creyente. Se tiene miedo de no tener la vida en las manos, de no ser capaz de resistir. Es fácil la tentación de volver atrás, a las cebollas de Egipto, a la seguridad anterior. Es como el largo y duro viaje del pueblo elegido por el desierto, desde la esclavitud a la tierra prometida. Pero es en el éxodo donde el pueblo conoce a Dios, su misericordia y santidad. Hay un Dios del éxodo para cada creyente, que nos impulsa a salir de la seductora esclavitud a través del desierto árido, que obliga a no detenerse y seguir adelante hacia un conocimiento siempre nuevo de Dios y de nosotros. Somos viandantes en busca de Dios que cada día nos sorprende y revela. La conversión empieza cuando aceptamos que Dios es distinto a nuestro esquema, pero se realiza cuando dejamos que este Dios nos conduzca donde solo Él sabe y quiere.

2. La humildad de dejarse guiar

Para dejarnos guiar por Dios tenemos necesidad de alguien que lo haga en su nombre, sin fiarnos demasiado de nosotros mismos. Todos debemos caminar sobre las aguas sin otra certeza que él y su Palabra, y necesitamos un Moisés o Ananías como mediación iluminada. Es peligrosa la tendencia a obrar solos, a ser los únicos interpretes de lo que Dios quiere sin necesidad de guía. La presunción humana considera humillante tener necesidad de otro o bien pretende que quien lo guía sea perfecto. El guía espiritual es signo de la voluntad de Dios de encontrar al hombre, y señal que ayuda encontrar la pista en el desierto.

3. Preparate para la prueba

En contrar a Dios, poderlo conocer y amar es una aspiración que está en el fondo del corazón de todo hombre. Una aspiración sentida hoy como nunca, en un mundo desorientado y en crisis. El término 'experiencia' aplicado a la búsqueda de Dios posee un sentido diverso al mundo. Dios no es un objeto de consumo que se pueda manipular por el hombre. La tradición espiritual de la Iglesia ha insistido

sobre la importancia del discernimiento de espíritus para poder distinguir la verdadera experiencia de Dios de la falsa. Es importante clarificarse sobre las propias expectativas porque el desierto es un lugar inclemente que vuelve atrás a quien entra sin prepararse o con falsas esperanzas. La Palabra de Dios nos dice: ‘preparate para la prueba’, ¿qué significa?

4. Dios nos pone a prueba como también puso a prueba a nuestros antepasados (Jdt 8,25)

No es el hombre el que hace experiencia de Dios, es Dios el que ‘experimenta’ al hombre, lo busca, lo escruta, lo pone a prueba. Esto se evidencia en esta fase sub-liminal: quien tiene el valor de atravesar esta fase, sin prisas, experimenta cada día que es Dios quien sale a su encuentro, es el Padre el que toma la iniciativa, ahí se aprende la actitud tan difícil al hombre del abandono. En cambio, cuando el hombre pone a prueba a Dios pretendiendo garantías, la Palabra asume tonos severos: ‘No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá...’. Al contrario ‘demostrad gracias al Señor que nos pone a prueba como puso a nuestros padres’ (Jdt 8, 12.13.16.25)

¿Qué es la prueba para que estemos agradecidos?

5. ‘Pero yo voy a seducirla... y le hablaré al corazón’ (Os 2,16)

Dios es Padre y Creador, nos ama infinitamente y sabe que nuestro corazón aún estando ‘ofrecido y consagrado’, es muchas veces un revoltijo de intereses, preocupaciones y afectos contradictorios. Está el Señor pero no es el único ni el mayor amor de nuestra vida. Tenemos necesidad de ser purificados y esa es la misión de la prueba pone al descubierto lo que hay en el corazón, nuestros apegos, doblez, ídolos... La experiencia de Dios en la fe es escucharle en silencio, sin defensas ante Él que se nos revela, y dejarle actuar. No existe verdadero conocimiento de Dios que no nazca en la soledad de un desierto y no madure en las dificultades de la prueba, pero todo ello es don del amor de Dios, porque el Señor reprende a quien ama, como un padre a su hijo predilecto (Prov 3,12)

6. ‘El sacrificio del hijo’

‘Dios quiso poner a prueba a Abrahán y le dijo: toma a tu hijo querido Isaac y ofrécelo en sacrificio’ (Gn 22,1). Esta experiencia revela qué es la prueba en sentido bíblico y a dónde conduce. Abrahán no comprende, su corazón y su mente están ante el misterio (fase sub-liminal plena), pero es acogiendo y adorando el misterio de este Dios amoroso como se hace padre de los creyentes. Si Dios me pide este sacrificio del corazón, no sólo me dará la fuerza sino que quiere decir que puedo amar aún más de lo que estoy amando a Isaac. Ese amor más grande aún no lo siente, le parece imposible, pero si Dios le pide esa prueba quiere decir para Abrahán (y para todo creyente) que Dios puede ser amado aún más que ‘mi único hijo’. Cuando Abrahán decide entregárselo, Dios provee, se manifiesta de una forma nueva y prodigiosa, le da una bendición sobre su descendencia que lo convertirá en padre de todos los creyentes.

Es la historia que se repite en quien desea tener experiencia del amor de Dios. Llega un momento que el Señor pide el ‘sacrificio del hijo’: afectos sanos e intensos, compromisos apostólicos... Cuando Dios pide este sacrificio sabemos que nos pide amar más de cuanto hayamos amado nunca. La prueba es para llevarnos a amar más. Nos parecerá imposible amar a Dios más de lo que estamos amando a una criatura, o podemos no sentir de forma sensible y atrayente el amor divino. La prueba aceptada con humildad de la mano de Dios es capaz de esto: ‘los espacios creados en nosotros por las anteriores experiencias de amor son ocupados por Dios’. Es una tierra conquistada por Él, purificada por la prueba y transformada en zona de encuentro con Él. Mente y corazón probados al fuego, conocen ahora a Dios de cerca, no de oídas (Job 42,5), es un conocimiento nuevo, personal. Es la acción del Espíritu Santo que habita en quien cree, es el amor de Dios derramado en nuestro corazón. Renunciando a aquel afecto amamos más a Dios, amando a Dios con todo el corazón podemos amar más a las criaturas. Es el modo de actuar de Dios, nos pide el sacrificio de un amor importante, pero nos devuelve mucho más de cuanto nos ha pedido, descubriéndonos una forma nueva, más humana y auténtica, de amar. Es necesario ir más allá, más allá de un cierto límite natural, hacia un nuevo nacimiento, y esto no puede darse sin morir. Se producen heridas profundas que nos recuerdan el momento de gracia en que Dios nos propuso amarlo a Él sobre todas las cosas... Ha valido la pena hacer el camino a través del desierto, trapasando el umbral de lo razonable y lógico, perdiendo el control de la propia vida y corriendo el riesgo de abandonarse al misterio.

3) Fase reestructurante: Nacimiento del hombre nuevo

Aceptando la prueba como predilección divina y como purificación se sale de la fase sub-liminal y se entra en la fase de reestructuración. Es el tiempo del nacimiento del yo nuevo, que supone una reorganización general de las estructuras básicas de la personalidad. Es el sentirse buscado por Dios lo que da fuerzas para hacer efectiva la conversión y para cambiar de vida. Esto se realiza por las mismas vías o dinamismos psíquicos purificados por el camino del desierto. Se dan tres conversiones pero en un orden distinto al de las ilusiones, primero moral, luego intelectual y finalmente sentimental o afectiva, las tres están enlazadas y convergen hacia el cambio radical de corazón, mente y voluntad.

1. Conversión moral

Tener experiencia de Dios es la vocación de todo hombre, libre pero significativa, necesaria para encontrarse a sí mismo. Quien encuentra a Dios en su historia se descubrirá no solamente como hombre, sino como hijo, ¡hijo de Dios! Esto es descubrirse a sí mismo, la propia dignidad y vocación existencial, separándose de la imagen psíquica y la ilusión moral. Si Dios es para mí un Padre, en vez de complicarme la vida con mis tristes observancias y perfeccionismo, me hago capaz de agradecer y gozar. Probablemente es la primera verdad que aprendimos y la más difícil de creer. Nuestro camino espiritual es un continuo aprender a decir este nombre: Abba, Padre (Papá)

- Miedo e inercia.- Hoy no es fácil hablar del padre, es una figura problemática por diversos motivos: antiautoritarios, devaluación del sentimiento y temor a perder la propia dignidad..., que han pretendido crear una sociedad sin padre. Por otro lado, como contrapartida, está surgiendo una especie de neo-borregismo, de dependencia del grupo, disminuyendo la iniciativa y el afán de ser protagonistas en el camino de la vida, y de la fe. Existen pues dos tendencias: miedo al padre y por otro una dependencia excesiva pero sin consecuencias. Estas actitudes también se reflejan en la relación con Dios, podemos tener temor por verlo como un juez, o creernos hijos pero sin cambiar de vida, sin compromiso.
- Un padre que hace fiesta.- No es una imagen de Dios que nos resulte natural, y si lo imaginamos contentos lo atribuimos a alguna satisfacción que le damos, pero no es así. El Padre hace fiesta en el cielo cuando un pecador, nosotros, toma conciencia de su pecado, se arrepiente y le pide perdón. ¡Qué Dios tan extraño! Nos obliga a una conversión de nuestro modo de imaginarlo y en nuestras relaciones, una conversión moral e intelectual.

¿Por qué hace fiesta? Porque el pecador le da la ocasión de mostrar su ser Padre, su amor. Quien reconoce su pecado tiene la experiencia de ser hijo, porque conoce el amor gratuito, ese que va más allá de la justicia y el mérito, y en él reconoce aquel amor que lo engendró a la vida, y lo vuelve a engendrar mediante el perdón. Quien se considera sin culpa no tiene necesidad de perdón ni de padre, se construye su propia perfección, sin entender que todo lo que es lo ha recibido como don. Sólo el hijo puede sentirse pecador, y sólo el pecador puede sentirse hijo. Sólo quien se siente hijo puede sentir el dolor de haber faltado contra quien lo ha amado y puede esperar ser perdonado. Es la alegría y el abrazo del padre el que hace surgir al hijo y al pecador, despertando la conciencia de tener un padre, y a la vez el dolor de haberle ofendido.

Nuestra mente se ve conducida a separar, quizá a contraponer, las dos experiencias y su toma de conciencia, y razona como el hijo mayor, tratando a Dios como a un amo. No nos sentimos suficientemente hijos, no comprendemos que ser hijo quiere decir compartirlo todo con el Padre, y tampoco nos sentimos suficientemente pecadores, somos los justos que no han comprendido que reconocer su pecado es la condición para sentirse amados y redimidos. No comprendemos que es justo y hermoso hacer fiesta cuando un hermano vuelve, no recordamos las veces que nosotros hemos marchado y hemos sido perdonados. Es posible creer en Dios Padre y consagrarse a él, y a la vez tener una percepción del propio pecado que contradice ese sentirse hijos. Una percepción frustrante, mezcla de miedo y vergüenza que puede generar también un intento de esconder la propia limitación, de minimizarla o negarla (ante uno mismo) por la convicción de que ella desfigura la propia imagen y obstaculiza la relación con Dios. La imagen de Dios así se transforma en la de un juez severo, exigente, de perdón difícil, frente al cual la única salvación es demostrar la propia justicia (acabando por creérsela)

El Dios que es Padre, al contrario, nos convierte del miedo y de la presunción, no nos pide ser perfectos ni sentirnos tales, pero nos invita a su fiesta para compartir con nosotros su alegría.

➤ Con todas las fuerzas.- La iniciativa es suya. El es Padre, nos ha dado todo lo que tenemos y somos, nos ha elegido y se nos revela. La decisión de amarle afecta a toda la vida y cambia, debe ser con todas las fuerzas. Es necesario para ello dos cosas:

1ª para tener experiencia de Dios es necesario tomar opciones. No basta la opción hecha un día de una vez para siempre, se ha renovar y hacer verdad tal opción en cada momento. Sin la frescura y vitalidad de una elección siempre nueva existe el riesgo de la inercia y estancamiento vital, de la rutina, del ir tirando. La vida se hunde en la mediocridad y el aburrimiento. El creyente es peregrino si se para o pierde el gusto por el camino, su fe está en peligro.

2ª Tomar un tipo preciso de opciones, no existe la neutralidad, o elegimos a Dios o a nosotros mismos. Por ello las opciones se inspirarán en criterios precisos, como:

1. Decisiones coherentes, traduciendo las propias convicciones en los miles de pequeños gestos de cada día. Es imposible creer de verdad en lo que no se vive cotidianamente. Si el proyecto de vida pobre, casta y obediente no se traduce en obras concretas, antes o después, perderemos el sentido de la vida religiosa y los votos. De la incoherencia práctica con un valor se llega a la pérdida del valor mismo. No se puede gustar el encuentro con Dios sino se vive una vida coherente con este ideal. Las fases de este proceso afectan a toda la vida. Cada día hay algo a lo que renunciar o sacrificar, una sublimidad que aceptar, y una vida que reconstruir. El problema está en la incoherencia. Todos como opción fundamental queremos tener experiencia de Dios, pero luego no lo queremos tanto en las opciones diarias, y no advertimos lo que Dios hace por dejarse encontrar, como le sucedió al joven rico (Mc 10, 17-22) quería encontrar a Dios pero no tuvo el valor de hacer una opción coherente. No ve esa mirada de amor, personal e intensa que lo busca, y se va triste.

2. Decisiones significativas, dirigidas la objetivo fijado, fuertes y llevadas hasta el fondo. En la práctica deben ser:

_ Elecciones humanas: que respeten la estructura psíquica del hombre, que quiere, ama e intuye el valor al que tiende. La decisión por Dios no es fruto de un acto de voluntad, debe ser una opción razonada y apasionada, que origina opciones diarias, llenas de amor y energía. Si es todo el hombre el que busca a Dios, no existen opciones pequeñas o grandes, todo es importante. Esta actitud lleva a una gran libertad interior, la persona puede hacer de tapa-agujeos sin problema, sabe que la importancia de sus gestos no deriva de su relevancia social sino sólo del amor que se pone dentro y de la verdad con que se persigue el mismo fin: buscar a Dios en todas las cosas.

_ Elecciones dolorosas de renuncias que cuestan. No sólo son las pruebas que de cuando en cuando nos reserva la vida, somos nosotros libremente, quienes encontramos todos los días la forma de renunciar a algo nuestro, para poder elegir cada vez más al Señor. Elegir ser mansos, tener paciencia, ser misericordiosos, ser portadores de paz, ser limpios de corazón cuando la soledad nos abruma. A través de estas pequeñas decisiones dolorosas se entra en el espíritu de las Bienaventuranzas, y se descubre un mundo nuevo, se vive una nueva realidad. Cuanto más cuestan estas decisiones se siente más feliz y gusta un nuevo conocimiento de Dios. Dios se hace más real, vivo, una presencia fiel que influye en la existencia e incita a tomar decisiones autotranscendentes.

_ Decisiones autotranscendentes, opciones de vida en las que Él es el motor. Esto significa purificar las motivaciones, contaminadas por nuestros egoísmos. Es un camino largo que se inicia al tomar decisiones en la soledad de la intimidad con Dios y a ponerlas por obra sin llamar la atención (MT 6, 1-14) Y en lo escondido el Padre se manifiesta dando un nuevo conocimiento de sí, el que niega a los sabios de este mundo. Quien elige a Dios se sabe elegido antes por Dios, su elección es una respuesta llena de gratitud y sencillez.

2. Conversión intelectual: siervos del Señor

Cierta conversión intelectual está implícita en la conversión moral. El descubrimiento de ser hijos es previo a todo propósito de cambiar de vida, pero solo una vida que cambia muestra que es posible vivir como hijos, despertando en la conciencia el sentido y las implicaciones de ser criaturas del Padre. Una de estas implicaciones que choca a la mentalidad de hoy es el vínculo entre ser hijo y ser siervo. Existe la conexión entre conciencia de haber recibido un don y exigencia de compartirlo. Si ser hijo significa ser don, entonces soy siervo. Haber sido pensado como un don significa encontrar la propia identidad en ser una existencia que se entrega, siervo porque hijo. Siervo porque lo soy en lo más profundo de mi ser, como Jesús que, porque era Hijo, se hizo siervo. Desde que Dios se hizo

hombre, ser siervo es positividad del propio ser, estar llamada a servir y no a ser servido. Lo natural es poner la vida al servicio de los demás, esta comprensión es el comienzo de la conversión intelectual. Si soy hijo-siervo no tengo miedo de perder mi dignidad cuando sirvo al hermano, soy libre para entregarme sin esperar recompensas, para reconocer lo mucho que he recibido, libre frente a las cosas sin afán de poseerlas. ¡Cuánto cuesta esto cuando me identifico con el nivel psíquico!

➤ Señor de la vida.- Esta verdad sobre nosotros mismos y nuestra identidad coincide en el proceso con otra verdad: ¡Dios es el señor de mi vida! No sólo es sentirse protegido y a salvo, sino comprender la verdad del propio existir. Si Dios es Señor ya no existe el absurdo, todo tiene sentido. La vida es un misterio de gratuidad y amor, que supera mi capacidad de comprender. Misterio de benevolencia y gracia, la mente ya no pretende comprender, sino que desea ser conquistada, es una mente que se asombra y da gracias, que se fía y se abandona. Entonces el temor deja paso a la confianza y el hombre descubre la dignidad de ser hijo y siervo de Dios, Padre y Señor.

➤ Curación de la memoria.- Junto con la inteligencia se convierte la memoria que ya no es sólo capacidad de guardar en la mente los hechos, sino capacidad de hacer memoria, facultad activa y dinámica, que ayuda a la mente a comprender y a creer por su recordar, proponer hechos que van en la misma dirección, iluminar y relacionar episodios que revelan providencia, y constatar y evidenciar una presencia fiel escondida en nuestra vida. Es la memoria bíblica: “Acuérdate del camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer durante cuarenta años por el desierto...” (Dt 8,2) El pueblo de Israel creía por lo que había visto y sus padres le habían contado, y no sólo recordaba estos acontecimientos sino que los celebraba, hacía culto y ‘memorial’, es decir, actualización del acontecimiento renovando su significado y eficacia. Este es un creer sencillo y profundo, personal y concreto. Es preciso hacer ‘curación de la memoria’, es decir, sanar una memoria frágil, que no recuerda y no sabe hacer memoria, no sabe leer lo que recuerda, ni amar ni contemplar. Una memoria curada es fresca y atenta, que con el tiempo se hace más capaz de guardar en el corazón la Palabra que ha escuchado, las maravillas de Dios, la vivencia de un Dios Padre y Señor de la vida en todas las circunstancias. También la psicología habla de una memoria afectiva: experiencias que dejan una huella emotiva en la psique, que se reactiva ante experiencias similares. En el mundo de la fe la experiencia primordial es la del amor de Dios y su paternidad. Creer es hacer cada día memoria de esta benevolencia, esta experiencia es la memoria afectiva del creyente que le acompaña siempre, también en las adversidades: “aunque una madre olvide a su hijo yo no te olvidaré” (Is 49,15) Todo ser humano está tatuado en la palma de las manos de Dios: objeto de esta memoria divina, está llamado a ser y a hacer memoria de ella.

➤ “Con toda la mente”.- Ser siervo del Señor no es sólo reconocer su señorío sino compartirlo. Esto significa no tener miedo a la vida, no querer controlar todo, ni estar a la defensiva, sino por encima de estas esclavitudes. El sentirnos demasiado importantes e imprescindibles, buscando seguridades requiere una gran energía mental y no consigue liberarnos de la inseguridad. A veces la preocupación excesiva se da en nuestra vida espiritual: no nos aceptamos por lo que somos, nos disgusta nuestra debilidad, querríamos ser santos de golpe... y olvidamos que la santidad es ser hijo no superhombre, siervo inútil no salvador, como dice el salmo 131: ‘acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre’ Otras veces la preocupación por el futuro es más terrena: comida, salud... Es natural tratar de proveer a las necesidades pero cuando hay una preocupación excesiva porque no falte de nada y temor al sacrificio, no se puede experimentar ni testimoniar la providencia de Dios. Ser siervos del Señor significa liberación de las cosas y de nosotros mismos, empleando todas las energías mentales para el proyecto divino. La conversión intelectual nace de esta libertad y lleva a este compromiso: buscar hasta el fondo el designio de Dios, esa trama salvífica que hace de la vida una historia sagrada. Esto requiere una visión espiritual, la visión de quien experimenta-recuerda-comprende-hace hipótesis-discierne como hombre espiritual. Cada una de estas operaciones mentales se realiza en la fe y genera fe. Una mente convertida abandona la pretensión de saberlo todo y del miedo de no entender nada, reconoce y recuerda el bien recibido, el amor y perdón que Dios le ha manifestado, y deduce que ser siervo quiere decir cargar con el peso del otro y de su pecado, acepta entrar en la noche de la fe, y espera con paciencia y confianza que la Palabra le revele el misterio de la voluntad divina.

3. Conversión afectiva: amigos de Dios

El amor es un sentimiento libre y espontáneo, aparece como una fuerza misteriosa que emerge de lo profundo del corazón y ocupa el centro de la vida. Es expresión humana que no se puede forzar, sin embargo es el primer mandamiento.

3.1.- “Amarás al Señor tu Dios...”.- Si Dios nos pide esto es que en el amor el hombre encuentra la auténtica realización de sí mismo y donde experimenta a Dios. Sólo Dios puede ser amado totalmente, sin límite. Debemos aprender a amar a Dios si queremos tener experiencia de Él. Esto supone el paso de la ilusión sentimental a la conversión afectiva y religiosa.

➤ ‘Tú me sedujiste Señor, y yo me deje seducir’. El primer paso es la libertad de dejarse amar. Dios ama a todos pero no todos se sienten amados por Dios. ¿Qué condiciones desde el punto de vista psicológico permiten tener esta experiencia?

_ No tener miedo al amor. Hay personas que por su infancia son incapaces de mantener relaciones afectivas, a veces son distantes, frias; otras temen implicarse demasiado o ven mal donde no lo hay. Si estas defensas y miedos no se curan se trasladan a la relación con Dios, dificultando la experiencia de ser amados por el Padre. La madurez afectiva no es sólo capacidad oblativa, sino también disponibilidad para tener relaciones humanas sanas, y dejarse amar. Esta libertad nos capacita para gustar la benevolencia de Dios para con nosotros.

_ Liberarnos de la preocupación excesiva de ser amados. El narcisista, el cerrado sobre sí mismo, tiene dificultad en abandonarse y dejarse amar y para darse cuenta de que ya es profundamente amado. Ser amado es como la autorrealización, quien la busca afanosamente acaba por no encontrarla. Nuestra realización no se identifica con nuestras cualidades, está por encima de ellas, sucede lo mismo con el amor, cuanto más preocupados nos sentimos por ser amados menos amados nos sentimos, y esto nos esclaviza. La solución está en un cambio de rumbo: pasar de la búsqueda de ser amados a la opción de amar, y hacerlo de forma adulta, desinteresadamente. Damos generosamente y nos hacemos capaces de recibir, descubrimos signos de afecto y estima que antes no éramos capaces de percibir, aunque estaban ahí, pero no éramos libres para verlos y gozarlos.

Lo mismo sucede en nuestra relación con Dios. El nos ama como nadie, con un amor tierno y profundo, fuerte y exigente; nos ama para enviarnos al mundo a amar a su manera. Nos ama de tal manera que nos hace capaces de amar como Él. Nos ha creado amantes, no sólo amables, provocándonos a dar afecto más que ha recibirlo. Sólo amando podemos descubrir cuánto nos ha amado Dios. Hemos amado a un hermano y nos descubrimos amados del Padre, cada vez que un hombre ama Dios está presente. Uno se deja amar por Dios cuando abandona la pretensión de ser nosotros los que... decidimos amarlo y descubre que siempre es Él quien toma la iniciativa. “El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amo a nosotros... Nosotros debemos amarnos porque Él nos amo primero” (1ª Jn 4, 10.19). Es siempre Dios quien toma la iniciativa, enamorado del hombre lo seduce y conquista, nuestro amor es dejarnos seducir, ser conquistados. Nuestra vida es una historia de seducción, Dios nos atrae en el desierto, no engaña prometiendo dichas, nos habla de la cruz, es celoso no quiere compartir otros amores, nos espera siempre. Como Dios nos ama debemos amarle, él lo intenta todo para que nos rindamos a su amor, para que nos dejemos amar por Él.

Dejarse amar por Dios es sentirse fascinados por la persona de Jesucristo, revelación humana del amor divino. Esta fascinación está en el origen de una elección de vida, y en el acto mismo de fe, y es fruto de un trabajo de desestructuración. En la medida en que se da esta progresiva liberación del hombre viejo y sus amores, puede nacer este amor nuevo y la fascinación por Jesús. Es necesaria esta fascinación, pues la vida espiritual no puede regirse por un voluntarismo, ni por un idealismo intelectual, es indispensable la aportación emotiva que da energía y entusiasmo, y cambiando el ‘yo quiero’ por el ‘yo deseo’, hace el valor bueno y apetecible para la persona.

Fascinación por la persona de Cristo. El es el viviente, el que hace vivir a quien se acerca a Él, alguien con quien se puede mantener una relación significativa que llena la vida. Fascinación por su Palabra, que alcanza lo profundo del corazón y da luz y sentido a nuestro vivir. Atracción por su estilo de vida y modo de amar, por sus valores y modo de expresarlos. Atracción por su sentimiento de hijo del Padre y hermano de todos los hombres, siervo de Dios y de la humanidad. Todo esto puede seducir a una persona y cambiar su vida, abriéndole a un amor distinto y mayor hacia todos. Uno se siente amado y atraído por Cristo y por Él siente que puede dejarlo todo.

➤ “Con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”.- Consecuencia de la seducción: el hombre debe amar a Dios con toda su persona, corazón-mente-voluntad, porque Dios lo ha amado antes con toda su persona. Sólo quien ha creado el corazón puede ser amado con todo el corazón, sólo el amor a Dios exige un amor total, sin condiciones. ¿Qué implica esto?

_Una relación central.- En la vida de todo hombre debe existir una relación interpersonal privilegiada. Quien esta enamorado de Dios pone en el centro de su vida psíquica y espiritual su relación con lo divino. De ella nacen los deseos y temores, las alegrías y dolores, las decisiones y acciones. Nadie que quiera poner a Dios en el centro de su vida puede olvidarse de una cierta disciplina espiritual y psíquica, que capacite para renuncias a distintos niveles, no sólo sexual. Es la experiencia de un nuevo modo de ser, que lleva a una plena libertad interior para disponer de sí mismo.

_ Una relación única.- Es estar enamorado de alguien que te capacita para amar también a otros. Esta relación única absorbe las energías del individuo y las canaliza hacia un amor total. Unicidad en la relación significa familiaridad e intimidad con Dios, que requiere tiempos de estar a solas con Él. Gracias a estos espacios la vida se unifica y la búsqueda continúa durante el día. Nuestra actividad se transforma en adoración de aquel que es la fuente de nuestra vida, y en contemplación capaz de hacernos reconducir todo a Él y de hacernos amar todo en él. En medio del ajeteo también estamos con Él, nuestra relación con el Dios de la vida sigue siendo central y única.

La soledad tienen un doble sentido: como don de la vida y como elección de la vida. Hay una soledad que forma parte de la experiencia existencial de todo hombre y una soledad voluntaria, elegida en determinadas situaciones difíciles, son momentos preciosos para el crecimiento en el amor, es entonces cuando la Palabra resplandece en toda su verdad, dándonos a conocer lo que hay en nuestro corazón y en el de Dios.

_ Una relación fiel.- El Dios fiel que irrumpe en una existencia no puede provocar una respuesta parcial. Toma todo el hombre y exige una respuesta total en la profundidad y en el tiempo. La madurez afectiva no consiste sólo en la capacidad de enamorarse, sino en saber permanecer en el amor, amar para siempre. Ser fieles al amor divino no es sólo resistir a las tentaciones, quizá deseando el fruto prohibido, sino crecer en este amor, no acumular frustraciones. Hay fidelidad y crecimiento en el amor de Dios cuando tenemos de Él una experiencia cada vez más plena y humana, que abarca todas las estructuras psíquicas-corazón, mente voluntad-. Mientras la mente capta la verdad del valor y goza en su contemplación, la voluntad lo elige diciendo no a otros amores, y el corazón descubre cómo Cristo le basta cuando lo ama sobre todas las cosas. Esta experiencia personal aumenta la atracción y el conocimiento del valor mismo y de su belleza. Es una armonía interna que lleva a la interiorización del valor y apasiona el corazón, hace tenaz al voluntad y creativa la mente. Amar así a Dios es un camino largo, hecho de valor para librarse de los ídolos, de voluntad para elegir a Dios, de disponibilidad para entregarle lo más querido, y para convertir a él aquello que guardaríamos para nosotros, el corazón, la mente y la voluntad. Además nuestro amor a Dios está sujeto a los altibajos de todo sentimiento humano, puede experimentar duda, añoranza de los viejos amores. Es importante ser sinceros con nosotros mismos: reconocer la propia fragilidad no para autoacusarse o deprimirse, sino para descubrir ese ídolo o ilusión que impide dejarse amar por Dios. Él conoce nuestro corazón. Es necesario ir hacia delante aunque a veces el encuentro con Cristo y su fascinación los vivamos sólo en esperanza, como deseo ardiente de una presencia que parece escapársenos, como nostalgia profunda de un amor que hemos entrevisto sin poderlo poseer, como dolor por haber preferido a veces otros amores. Eso es también el enamoramiento, es la historia de cada uno de nosotros, búsqueda y encuentro, historia escrita por Dios y vivida en nuestro corazón de carne.

3.2.- “El segundo mandamiento es semejante a primero.- La auténtica experiencia de Dios pasa a través de la experiencia del hombre, para que nadie pueda pensar que ama al Dios que no ve si no ama al hermano que ve (Jn 4, 20) No es fácil amar a Dios en el hombre y al hombre en Dios, haciendo simultáneos y convergentes estos dos afectos, unificarlos en un mismo movimiento del alma.

A) *Unidad de vida, unidad de amor.-* Existen dos tendencias, una contraria a la otra, que contraponen entre sí estos dos amores. Existe la tentación de vivir el amor a Dios como algo intimista y sólo vertical, personal y privado, separado de la vida, como si el amor al prójimo fuera un robo al amor de Dios, y al contrario la tentación de vivir unas relaciones humanas muy absorbentes que dejan fuera

a Dios. Hay quien ama poco al hombre por miedo a ofender a Dios, y quien ama poco a Dios por miedo a excluir al hombre. Es como si fuese imposible ser al mismo tiempo amigos de Dios y de los hombres. Es el problema de la unidad de vida. Principalmente la integración de vida se refleja en la afectividad. Dicha integración no es el resultado de complejas relaciones de equilibrio entre cuánto damos a Dios y al hombre, sino que es el deseo de Dios el que unifica nuestra vida, no las cosas que hacemos. Quien desea tener experiencia de Dios, lo busca y se deja buscar por Él acaba encontrándolo en todas partes, en su historia personal. Acción y oración, espera del cielo y construcción de la tierra, amor a Dios y al amor al hombre... son la misma cosa, pues están animados por el único y mismo amor. ¿Cómo nace en la psique humana este amor que unifica?

B) Unidad de vida y consistencia interna.- En psicología la unidad de vida es equivalente a consistencia interna. Consistencia significa armonía estructural interna entre las fuerzas psicodinámicas de la persona, que son: los dinamismos estructurales: corazón-mente-voluntad y los contenidos estructurales: necesidades-actitudes-valores.

1. Consistencia de los dinamismos: Consistencia de quien sabe amar con todo su corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas, porque aquello que ama lo cree y lo vive con toda su persona. De esta unidad se derivan unas consecuencias importantes para comprender la génesis del único amor:

_ la vida de la persona se vivifica, se hace más intensa y dinámica, no se da la dispersión de energías, todo está dirigido al mismo objetivo. Haciendo a la persona fuerte, deseosa de comprometerse, capaz de arriesgar y sufrir, y permanecer joven y amante de la vida.

_ Es una vida rica porque esa armonía del corazón, mente y voluntad liberan una energía que desconocía, dando a su vida calor y color. Vida rica en humanidad y empatía, valor y creatividad, en identidad, se vuelve rica la vida de quien ama, cree y quiere con toda su persona. Y entonces también se enriquece la vida del grupo, porque cada uno es libre para ser él mismo y hacer su propia aportación en la novedad de cada día.

_ Es una vida plena, vive con plenitud el don recibido y en esta plenitud psíquica se inserta una plenitud de vida sobrenatural. El don del encuentro con Dios es algo nuevo y gratuito, la persona está 'naturalmente' disponible a la acción de la gracia, es la tierra buena donde puede fructificar la Palabra. Es una nueva vida unificada y proyectada hacia Dios, es el amor de Dios el que rebosa en su corazón. Es Dios su fuerza, su armonía, su consistencia, lo que elimina toda oposición y tensión, toda distracción y dispersión.

_ Esto tiene dos consecuencias, en esta nueva vida, de plenitud humana y divina, hay energía suficiente para amar al hombre y a Dios. El amor vuelve a Dios a través de la persona que se ama.

2. Consistencia de los contenidos estructurales: Es la armonía entre las necesidades, actitudes y valores. La persona consistente es la que vive inspirando en los valores sus actitudes, pero aprovechando la energía de las necesidades. Esta suma armónica de contenidos psíquicos no es fácil, pues vivimos divididos internamente, atraídos por mil estímulos. Atracción hacia el ideal e instintos, valores y necesidades... ¿cómo armonizarlos? ¿cómo esta armonía nos ayuda a amar al hombre en Dios y a Dios en el hombre?

➤ La provocación de los valores: amar al hombre en Dios.- La armonía entre valores y necesidades es un ideal que no alcanzaremos nunca plenamente, siempre habrá distancia entre la vida real y la ideal (similar a la que se da entre el yo real y el ideal) Esto lo debemos conocer y aceptar para no crearnos falsas ilusiones, ni cargas pesadas, ni culpas. La tarea objetiva de nuestro crecimiento es una armonización progresiva de nuestras fuerzas psicodinámicas, en una búsqueda paciente y humilde. Lo que importa es sentirse siempre en camino, caminar por el camino justo, con sinceridad y en coherencia con nuestra naturaleza. En este camino son muy importantes los valores, pues ellos arrastran a nuestro dinamismo psíquico, dando una dirección a nuestros instintos, atrayendo nuestras pulsiones y dándoles un sentido. ¿Qué valores permiten este reordenamiento?:

_ Un valor trascendente, porque sólo lo que está por encima de nosotros puede dar sentido y orientación a nuestra vida.

_ Un valor exigente, debe pedirnos lo mejor que podemos dar para crecer en el ideal

_ Un valor atrayente, válido en sí mismo y apetecible, para que merezca renunciar a ciertas tendencias o reorientarlas en función del mismo. La provocación del valor respecto a las necesidades tiene una función positiva antes que negativa o de control: no las sofoca ni anula (que es imposible)

sino que las lleva a ser coherentes con el ideal. Así si el amor de Dios es el ideal de la vida, la necesidad de afecto está llamada a:

1°. Experimentar este amor, gustándolo como un amor que sacia la necesidad de la persona de ser amada y enamorarse.

2°. A vivir concretamente este amor, como pide el evangelio, amando a un tiempo a Dios y al hombre, a amar al hombre en Dios, renunciando a un solo amor 'humano', o sólo a Dios o sólo al hombre.

Así provoca el valor: atrae, ofreciendo un experiencia rica y grata; dirige la energía pulsional para vivirla en la búsqueda de aquello que la realiza; ilumina, revelando algo sorprendente, que exalta el corazón humano y su voluntad de amar. Provoca también a la mente para comprender por qué el segundo mandamiento es similar a primero. Así amar al otro es lo mismo que amar a Dios, no será una obligación sino que surgirá espontáneamente del amor divino. No amo al otro como consecuencia de mi amor a Dios, estando Dios y yo de un lado, y el hermano de otro, sino que el otro participa de mi relación con Dios, está incluido en ella. Yo amo a Dios y en ese amor mío, si es verdadero, encuentro al otro y lo introduzco en él. No amo al otro por amor a Dios, lo amo en Dios. De ahí se deriva un estilo preciso, no es suficiente amar como el instinto querría, sino amar con criterios y formas que reflejen el querer divino. Si encuentro al otro amando a Dios, el otro deberá encontrar a Dios a través de mi amor y mi forma de amarlo, como si Dios lo amase por medio de mí.

La persona consistente es aquella capaz de enamorarse: sabe hacer confluir todos los afectos en un único gran amor, como un gran río con muchos arroyos (pequeños amores) que van en la misma dirección, testimoniar que es posible amar al hombre en Dios.

➤ La provocación de las necesidades: amar a Dios en el hombre.- Las necesidades son tendencias innatas a la acción, como potencialidades naturales que buscan actuarse. _Son energía psíquica, necesaria para nuestra maduración humana y espiritual. Las necesidades son esa preciosa fuerza que no sólo nos empuja a actuar, sino que nos dan el calor y entusiasmo propios del hombre que vive. Es indispensable asumir esa energía para vivir el mandamiento del amor.

_ Otra característica de las necesidades es su omnipresencia psíquica: abrazan toda nuestra vida psico-social: necesidad de sobresalir o retirarse, de dominar o depender... Realidades instintivas que forman parte de nosotros, no se puede prescindir de ellas, si que deben reconducirse hacia el valor y viceversa, el valor hacia las necesidades para no vivir una espiritualidad desencarnada. Sería más fácil vivir los valores como si comprometiesen sólo la parte más noble de nosotros, ignorando las tensiones y tentaciones egoístas. Pero entonces no serían valores vividos como hombre sino como algo exterior, un disfraz que no satisface. El amor de Dios debe entrar profundamente en su vida, en todos sus aspectos, donde nacen las motivaciones de su obrar y donde vive su yo real, con sus necesidades. Así este amor divino, vertido en su corazón de carne, se hará concreto y humano, hasta hacerle amar a Dios en el hombre. Esto significa:

1. Serena aceptación de las necesidades.- Ellas forman parte de nuestro ser. Es absurdo pretender que no existen o pensar que con la consagración desaparecerán (la inclinación egoísta, agresiva, soberbia...). Es muy peligro confundir la santidad con la ausencia de sentimientos o identificar las necesidades con el pecado, y tender a una perfección que elimina de golpe lo humano. Es fácil aceptar la teoría pero nos cuesta mucho reconocer y aceptar los aspectos más inmaduros de nosotros.

La realidad es que somos seres humanos con deseos de amar al Señor pero con deseos de amarnos a nosotros mismos, a las criaturas y a las cosas. Aceptar que se tiene estos deseos y necesidades, con serenidad y honradez, es fundamental para controlarlos e impedir que se hagan demasiado exigentes. Querernos ignorar es peligroso por diversos motivos:

_ porque permite a los mismos deseos vivir a sus anchas y condicionar más nuestra vida.

_ porque expresa la ambición perfeccionista y voluntarista de quien niega sus límites para tender a horizontes imposibles.

_ porque priva de energía (ligada a las necesidades) a la vida psíquica y espiritual, empobreciendo su camino de maduración en la capacidad de amar.

2. Valor para vivir los valores humanamente.- Las necesidades pueden ser una realidad positiva en el proceso de interiorización de un valor, porque provocan a vivir el ideal elegido de forma humana. Por ej. la necesidad de ser agresivos no es acorde con los valores cristianos, debe controlarse,

pero la tendencia agresiva supone también fuerza para actuar en la vida, reaccionar con valor ante las dificultades, de proclamar la verdad, tener decisión en lo que hay que hacer... y esto está en línea con la actuación de Cristo que proclamó la verdad en medio de fuerte oposición, y actuó con decisión por la gloria del Padre, así se vive constructivamente la propia agresividad.

Lo mismo se puede decir de la necesidad de ser amados, que tiene un aspecto infantil y egoísta, pero también supone deseo de apertura a los demás, conciencia de la propia limitación, aceptación de ayuda, gratitud... Esta necesidad exige un compromiso ascético: un replanteamiento del concepto de sí como persona que se basta a sí misma, una conversión de la pretensión de pensar por sí solo o de ser siempre capaz de darse sin recibir nunca nada de nadie. Puede ser más cómodo y menos problemático no aceptar la necesidad de ser amados, buscar llevarse bien con todos pero sin vínculos especiales con nadie, pero la vida se aplanan y pierde fuerza.

A veces no nos dejamos amar con la excusa de querer a todos y no apegarnos a nadie, pero se acaba no queriendo a ninguno y pegándose a uno mismo. Amar es ser abiertos y joviales, comprometerse en la relación y expresar los propios sentimientos, reconocer al otro no sólo como digno de ser amado, sino como capaz de amar, acoger su benevolencia y descubrirla como parte y signo de ese amor más grande que nos da la vida y nos capacita para amar.

La persona madura afectivamente se da cuenta de los muchos signos de amor a lo largo de su vida, y es sensible y capaz de gozarlos sin darlos por descontados. Si reconocemos que hemos sido ya amados será más fácil y natural amar a un tiempo a Dios y al hermano. Ser amados se convierte en motivo para amar más, y ya no en una búsqueda ansiosa e insaciable, sino en sorpresa cotidiana llena de gratitud. No se debe hacer de esta necesidad el núcleo del propio actuar, pero tampoco se debe encerrarse en el propio mundo para estar en paz, celosos de la propia autonomía, cuando en realidad se es víctima de la propia miopía.

Toda necesidad tiene un aspecto positivo y de crecimiento. Cada una de nuestras necesidades psíquicas representa una posibilidad existencial, una capacidad de actuar en las diversas exigencias de la vida, que nos pide a veces ser fuertes y otras ceder y tener paciencia, vivir en la soledad o estar con la gente, dar amor o aceptar ser amados. Sobre todo representan modos diversos y humanos de vivir el mismo valor que nos ayudan a interiorizarlo. Si creemos en nuestros ideales no tiene sentido tener miedo de nuestros instintos, debemos servirnos de ellos para amar y vivirlos mejor.

3. Habilidad para aprovechar la energía de las necesidades.- Las dos consistencias, de los dinamismos y de los contenidos, se reclaman recíprocamente aportando armonía y plenitud a nuestra vida interior. Por ej. La personalidad se hace más creativa porque la síntesis entre nuestras tendencias innatas y el valor ideal es siempre nueva, apropiada, y en el momento de testimoniar lo que se cree (el valor), la energía que procede de las necesidades aporta entusiasmo, expresión, viveza, que llega al corazón del que escucha y lo provoca. También se beneficia la vida espiritual, pues esta energía permite acoger los sentimientos de amor, dolor, arrepentimiento, gratitud... La oración es también sentimiento, emoción, libertad de implicación y abandono. Es estar ante Dios en la verdad de nuestro ser que suplica, tienen miedo, quiere amar, es tentado..., y porque vive estos sentimientos percibe la necesidad de Dios, tiene hambre y sed de su Palabra. Cuando más profunda es la relación con Dios mayor es la necesidad de expresarla afectivamente. Con la rigidez y el rechazo de los sentimientos podemos dirigir súplicas a Dios pero no escucharlo en el corazón. No seremos personas de oración, ni amigos de Dios, sino más bien funcionarios del culto.

4. La libertad para ser amigos de Dios y de los hombres.- También la relación con los demás se beneficia de la energía de las necesidades. La relación interpersonal será libre, significativa, capaz de expresar los propios sentimientos, forjando una bella amistad. La persona es capaz de querer y aceptar ser querida, de vivir la relación humana con toda la plenitud de su amor hacia Dios y amar a Dios con la riqueza de toda su afectividad. Quien acepta la provocación de las necesidades no sólo encuentra al hermano amando a Dios, sino que encuentra a Dios amando al hermano. Al buscar al otro con afecto puro y desinteresado, alcanza a Dios. Cuando Jesús habla del juicio final (Mt 25, 38-40) nos revela que el Padre dará el premio eterno a quien ha socorrido al pobre, al encarcelado, al hambriento..., porque cualquier servicio hecho a estas personas con amor Dios lo considerará como hecho a él, aunque quien haya amado y servido a estos hermanos no haya reconocido explícitamente en ellos la presencia divina. Se llega a descubrir a Dios en el otro sólo amando al hombre concreto, te amo a ti porque eres tú, tu persona, con tus cualidades y tus defectos, tu originalidad, y quiero tu

bien y te manifiesto mi benevolencia con toda la riqueza expresiva de mi corazón. No amo al otro porque veo a Dios en él, como cerrando los ojos a su realidad personal..., al contrario precisamente porque amo a mi prójimo por lo que es, encuentro y reconozco a Dios en él. Sólo un amor fraterno y humano, sincero y personal, puede llegar a Dios. El hermano que está a mi lado se hace mediación preciosa e ineludible para mi experiencia de Dios. Descubrió el amor particular que Dios siente por él y la historia de salvación que Dios está haciendo en su vida. Encuentro a Dios en el hombre, lo contemplo, lo amo, soy libre para ser amigo de Dios y de los hombres.

C)Unidad de vida, perennidad de amor.- El hombre es el cruce de la fuerza propulsora y direccional de los valores y la energía pulsional de las necesidades, cruce difícil. Sólo cuando aprende a expresar sus necesidades y a vivir sus valores en un único y armónico impulso de corazón, mente y voluntad, el hombre está unificado y puede comprender que amar a Dios y amar al hermano son la misma cosa, el mismo amor. Como aquel gran río formado por muchos arroyos que arrastra nuestra vida hacia el mar, a veces sereno, otras agitado, pero en su fondo hay algo que no se mueve ni se agita, sólida roca en el lecho del río... es el amor de Dios, fiel para siempre, que se ha derramado en nuestros corazones, pero que a veces emerge, se hace visible, y se hace amor a los hombres. Hasta que un día ese río desembocará en el gran mar del encuentro con Dios, en Él amaremos a todos los que habíamos amado siempre y también a otros, con una amor nuevo, divino.

3.3.- “Amarás al prójimo como a ti mismo...”.-

La Palabra de Dios no cesa de asombrarnos recordándonos que es imposible amarlo si no se ama al hermano, además añade que hemos de amar al prójimo como a nosotros mismos, no basta amar al otro de cualquier forma, por sus méritos o nuestras simpatías. El Señor nos indica como punto de referencia el amor que nos tenemos a nosotros mismos. Para amar a los demás es necesario a amarse primero a sí mismo. ¿Cuál es el sentido de este amor hacia sí mismo?

➤ Experiencia de Dios y amor a sí mismo: Amar no es fácil. Hay muchos que no se quieren o se quieren demasiado, que es similar. El narcisita no se ama, necesita contemplarse para convencerse de que es amable, o necesita que se lo digan los demás porque no está persuadido de ello. Aunque de formas diversas a todos les falta justa estima de sí

1.Justa estima de sí.- Una positiva autovaloración es la primer condición para aprende a amarse. Tanto quien se abaja como quien se cree superior no es amigo de sí mismo. Lo sabio es buscar la propia medida, porque es la que nos está bien, llevamos dentro una positividad radical y una amabilidad objetiva que no nos permite desesperar de nosotros o hinchar nuestra imagen. Esto significa identificarse a nivel ontológico. Nuestra identidad está vinculada a la llamada de Dios a ser imagen de su Hijo, que está por encima de nuestras limitaciones, fracasos, pecados... Esto lo confirma la experiencia que el hombre hace de Dios, en particular:

- El hecho de que el hombre pueda desear encontrar a Dios, y a pesar de la distancia abismal se ponga en camino, busque, interroge a la realidad, escrute su corazón... es signo de una capacidad. Somos criaturas frágiles y limitadas, pero nuestra mente es capaz de pensar a Dios. Nuestra voluntad es capaz de elegir a Dios y dejarse elegir por Él, abandonándose en su Palabra y a sus proyectos. Nuestro corazón es capaz de amar a Dios, sentirse envuelto por su amor tierno y fuerte, y de responder a él. Somos criaturas, pero cuando amamos así nos hacemos semejantes a él, enamorándonos de Dios vivimos nuestra positividad al máximo.

_Todo esto es don de Dios, no es tanto el hombre el que hace experiencia del Absoluto, cuanto Dios el que busca al hombre, le sale al encuentro, a veces también lo pone a prueba para que se espabile del sopor y descubra la vocación a la que está llamado. Si Dios está tan interesado en el hombre y se fía de él, ¿cómo puede el hombre dudar de sí? Sería como dudar de Dios.

2.Sana tensión hacia el bien.- Tomar conciencia de la propia positividad es el primer paso, pero no suficiente, es una capacidad que exige ser realizada, es la sana tensión hacia el bien. El verdadero bien del hombre, desde el punto de vista filosófico, sería realizar su propia naturaleza, tender hacia la verdad, hacia el Ser supremo. Pero en la existencia concreta bienes sólo aparentes atraen y traicionan al hombre. Por eso es necesario aclarar el sentido de la experiencia de Dios, purificándola de las interpretaciones cómodas y pretensiones que nos engañan sobre Dios y sobre nosotros mismos. Cuando la experiencia de Dios pasa por las fases de renuncia-muerte-renacimiento; cuando es

entendida como liberación de nuestras ilusiones, como compromiso cotidiano de conversión; cuando encontramos a Dios a través de la prueba, o cuando a través de las decisiones cotidianas lo elegimos de nuevo a él, Señor de nuestra vida y nos gozamos de ser siervos, y nos sentimos cada vez más hijos de un Padre lleno de amor del cual nos podemos fiar..., si descubrimos finalmente, en este experimentar a Dios, que podemos amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente haciendonos sus amigos, entonces encontramos de verdad en todo esto nuestro verdadero bien y el cumplimiento de nuestras más profundas aspiraciones. Todo ello no son gestos voluntarista o ascéticos, son una progresión liberadora de nuestros egoísmos, y una saludable provocación a dar cada día un sentido nuevo a nuestra existencia, y permanecer jóvenes por dentro, libres para correr la aventura de ser hijos, siervos, amigos. Nada como una auténtica experiencia de Dios produce el amor a sí mismo. El camino hacia Dios nos hace amables para nosotros mismos, no sólo por lo que hacemos sino porque nos descubrimos cada vez más amados. Es él el que nos recrea cada instante y nos hace dignos de ser amados, es su forma de ser padre.

➤ Experiencia de Dios y amor al prójimo.-

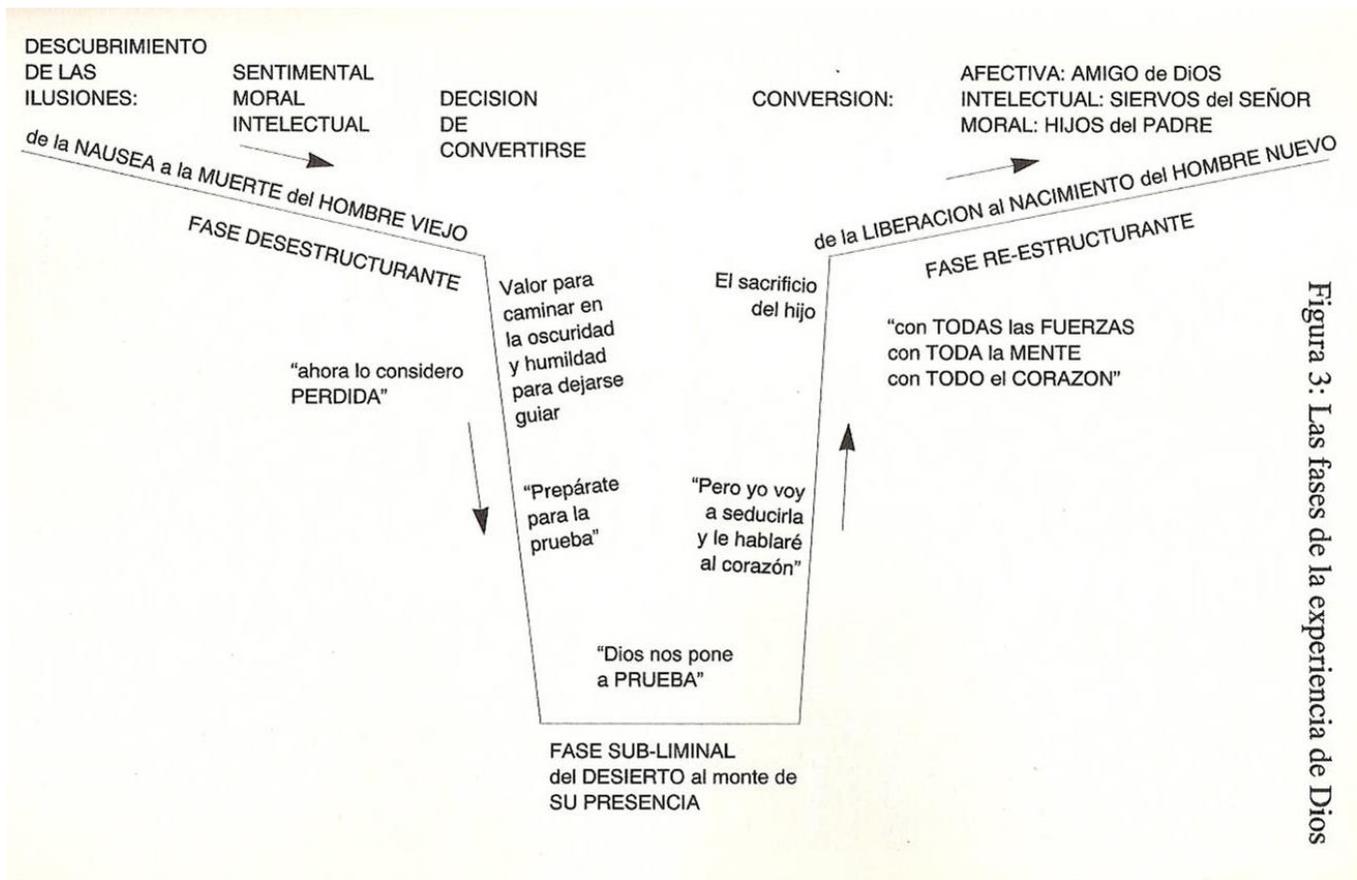
La justa estima de sí y la tensión hacia el bien son la base para el amor al hermano, y podrá amarlo como se ama a sí mismo.

1. Justa estima del otro.- que no se detiene en sus cualidades o defectos, sino que ve su positividad. La estima es una percepción profunda del otro, es tener una mirada aguda y limpia para descubrir su valor íntimo y objetivo. Es un abrirse a la verdad del otro. Esa verdad que nos dice que *“todo ser humano es digno de ser amado, independientemente de su conducta o méritos o cualidades”*. Esa dignidad deriva de ser criatura de Dios, es una amabilidad objetiva, ligada a los valores universales de la existencia e imborrable. Sólo puede percibirla en el otros quien la ha captado en sí mismo. Puede estimar al otro quien se estima a sí mismo. Este es el primer acto de amor, pues no hay amor sin estima, un acto de caridad sin estima es sólo beneficencia o incluso humillación.

2. Sana provocación hacia el bien. Es signo de estima y de amor provocar al otro hacia su propio bien. Hay una relación directa e indirecta entre percepción del otro y su crecimiento. La forma de percibir a otro influye sobre él y sobre la imagen de sí mismo. Más aún los juicios y el estilo de relación que adopto frente a él. La verdadera caridad nace en el corazón y en el modo de ver al otro y no cubre nada, sino que descubre la verdad de quien está junto a mí, su amabilidad objetiva.

Somos responsables de nuestro hermano y de su crecimiento, por tanto si cae, sufro; si es virtuoso, me alegro; si sufre, trato de comprenderlo..., la experiencia de Dios que no pasa por el hermano es sólo una ilusión. Quien estima a su hermano y siente que le afecta su salvación, hará lo posible por provocarlo a buscar cada día su propio bien, sin dejar de creer en su capacidad positiva de mejorar. Tendrá confianza, a pesar de las desviaciones, de que es mejor de lo que parece y de que podrá ser fiel al proyecto personal que Dios tiene para él. Esta confianza tiene una gran fuerza provocadora: es más grande que el pecado y no se rinde frente al mal, porque es siempre capaz de descubrir el bien o de salvar la intención, de devolver esperanza e invitar una y otra vez a caminar hacia Dios, y caminar juntos. Esta confianza puede cambiar al hermano desde un estilo paciente y discreto, sin paternalismos, sino con el deseo sincero de hacer crecer al amigo en la amistad con Dios. Este acompañamiento se hace desde un estilo de vida, con su palabra iluminada por la Palabra de Dios, con su mismo estilo de amar, sin buscar compensaciones afectivas, sino siendo estímulo para acoger la prueba del corazón, y vivir las relaciones interpersonales como ocasión de crecimiento en el amor adulto y oblativo. Este es el verdadero amor, y toda persona tiene necesidad de un amigo (profeta) para ser conducido al monte de la experiencia de Dios, sin ocupar los espacios que Dios ha reservado para sí. Muchas veces se confunde la amistad con una especie de asociación de socorros mutuos, que evita la soledad con gratificaciones recíprocas, y acaba por frenar el camino de la experiencia de Dios y la maduración humana. Por ello es tan rara la verdadera amistad y vivimos sólo relaciones de vecindad, superficiales, que no ayudan a encontrar a Dios.

El Padre nos ha amado haciéndonos capaces de amar y creyendo en esta capacidad nuestra incluso cuando la traicionamos. Como auténtico amigo, ni nos mimas ni nos rechaza, sino que nos provoca a amar como él sabe amar, y si lo hace es porque nos ama como a sí mismo.



4) LA PALABRA DE CADA DÍA: EXPERIENCIA COTIDIANA DE DIOS

El camino de hombre hacia Dios y de Dios hacia el hombre, se sintetiza y condensa en la escucha de la Palabra de Dios. La Palabra es el maná del buscador de Dios. En su alforja no hay nada más que este pan del camino que la providencia del Padre le ha dado como ración diaria (Ex16,49). Cada día esta palabra nos nutre: nos desvela a Dios y su voluntad, nuestra vocación y dignidad, a través de una revelación progresiva y ligada a la vida. A través de su Palabra, Dios hace cada día experiencia de nosotros y, nosotros hacemos experiencia de Dios. Es necesario que el creyente abra su jornada con la lectura de la Palabra ('Antes de que salga el sol ya te suplico, espero en tu palabra', salmo 118, 147), y es preferible que sea la Palabra de la liturgia del día, que es el alimento cotidiano dado a todos según la necesidad decada uno.

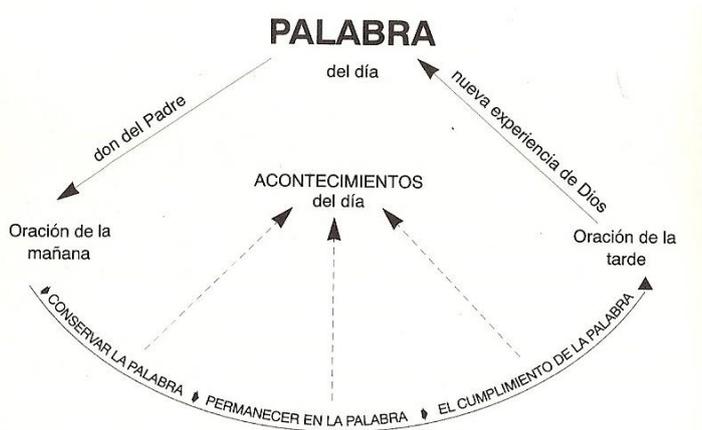
Cuando la Palabra es leída, escuchada, meditada, contemplada con esta certeza, ella vive en nosotros y nosotros en ella.

1. Conservar la Palabra.- La actitud de María respecto a la Palabra es nuestro modelo, ella es virgen en la escucha: La virginidad es su condición existencial, es actitud del corazón, de la mente, de la voluntad, un modo de estar ante Dios y los acontecimientos. Cuando la Palabra es misteriosa y humanamente indescifrable la conserva en su corazón. Reconoce no entender, admite y sufre la desorientación (Hijo, ¿por qué nos has tratado así?) No rechaza lo que es más grande que su mente, le hace sitio en su vida, lo hace memoria. No violenta la Palabra, la Palabra puede habitar en ella. Esto es la escucha virginal:escucha humilde y sencilla, de quien sabe que la Palabra está más allá de sus ratiocinios y sin embargo sin ella no sabría quién es, ni cuál es su misión. Escucha cada mañana la Palabra que le revela su sentido en la vida concreta, en un actitud sorprendida y reverente de quien se sabe ante el misterio, lee y relee, rumia la Palabra pidiendo luz a Dios y guardándola en el corazón.

2. Permanecer en la Palabra.- En la experiencia cotidiana de Dios, este permanecer tiene un sentido preciso: no es sólo estar unidos a Dios y ofrecerle las propias acciones, sino quedarnos en su Palabra y hacer que habite en nosotros. Significa salir de sí y hacer que cada uno de nuestros pensamientos y afectos, de nuestros gestos y proyectos estén radicados e inspirados en la Palabra que conservamos en el corazón. Es como un continuo volver a la casa paterna, y no para buscar un oasis

tranquilo sino para afrontar la realidad y sus contradicciones a la luz y con la fuerza de la Palabra. Así la vida se unifica entorno a un núcleo vital distinto cada día y homogéneo, se simplifica a sí misma y se hace una con la de Dios. Es la misma savia la que circula en la vida y en los sarmientos. El fruto del sarmiento es el conocimiento de la palabra y la manifestación de su fecundidad.

3. Cumplimiento de la Palabra.- En este momento la Palabra se cumple, se desvela y se deja comprender, iluminando la mente y el corazón del creyente. En María la experiencia de Dios es continua, conserva la Palabra, permanece en ella hasta el punto de engendrarla. En ella la Palabra se hace vida. En la medida limitada de nuestra historia estamos llamados a este mismo engendramiento virginal. La Palabra debe cumplirse en nuestra vida, identificarse con nuestra existencia. Comprendemos la Palabra en el momento en que la Palabra comprende nuestra vida, la abraza en su totalidad. Tenemos experiencia de Dios cuando la Palabra encuentra nuestra vida y la cambia, se transforma en lo que está llamada a ser: seno virginal que alumbró una Palabra siempre nueva sobre Dios.



Es el momento de la contemplación: oración que sólo puede ser hecha por la tarde, pues al término de la jornada esa Palabra misteriosa que ha abierto el día puede hacerse clara y comprensible. Sólo el acontecimiento concreto puede dar vida a la Palabra. Es la encarnación de la Palabra: misterio que se cumple en lo secreto y pequeño de nuestra vida, casi sin darnos cuenta. Cuando nos damos cuenta, nuestra alma como María 'glorifica al Señor... porque ha hecho en mí obras grandes', y como Simeón podemos cerrar nuestra jornada: 'ahora Señor puedes, según tu promesa, dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu salvador' (Lc 2,29) Hoy se ha cumplido la Escritura que hemos oído con nuestros oídos, conservado en el corazón, encarnado en la vida (Lc 4,21)

CONCLUSIÓN

En el amor a Dios y a los hermanos han encontrado cumplimiento la ley y los profetas, toda la historia de la salvación. En estos dos mandamientos encuentra plena realización nuestra vida. El hombre que busca con pasión y en la verdad, descubre que los dos caminos se cruzan: el yo y Dios, la criatura y el Creador están en el mismo camino. Descubre que no está solo buscando y caminando: con él están muchos otros con el mismo anhelo en el corazón, juntos se avanza mejor, nos sentimos hermanos porque cada uno se reconoce en el otro, y nos ayudamos porque la meta es la misma. Así con este anhelo común y personal caminamos cada día en medio de dificultades, lentamente, pero con pasión y en un determinado momento comienza a revelarse Dios como Padre, Señor, dador de su vida... Es historia que supone un camino a fases alternas, pero cuando comienza a hacerse la luz, el hombre descubre que no ha estado sólo en esta búsqueda, una presencia invisible y fiel le ha conducido siempre, indicándole el camino y manteniendo vivo el anhelo en el corazón. Todo aquello que ha experimentado es memoria de esa presencia, es la experiencia que Dios ha hecho de él y que él ha hecho de Dios. Es también descubrimiento de su yo. La parábola de la vida le desvela el rostro de Dios y su propio nombre: si Dios es amor, el hombre está llamado a serlo, amándole con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, amando al mismo tiempo a sus hermanos para que también ellos hagan el mismo descubrimiento. Pero el viaje continúa hacia otra prueba y seducción, hasta el día del encuentro definitivo. FIN